

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica 1930 Sábado 8 de Noviembre

Núm. 18

Año XII. No. 514

SUMARIO

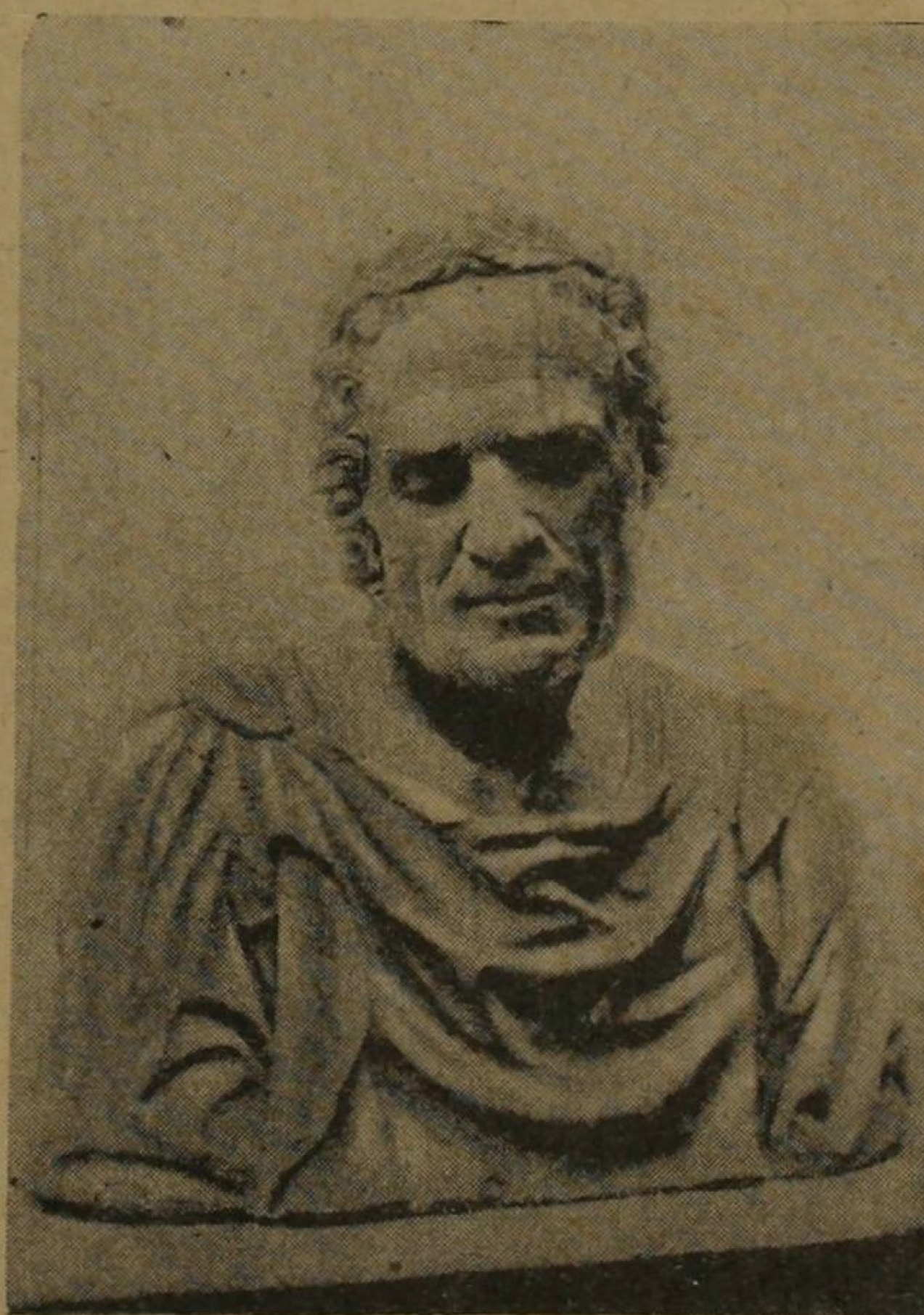
Discurso (al inaugurarse un monumento a Virgilio).....	Giosué Carducci	Simón Bolívar (3).....	Carlos Pellicer
Dádiva virgiliana.....	Rafael Heliodoro Valle	Glosas.....	Eugenio d'Ors
España y el ideal virgiliano.....	Rafael Sánchez Mazas	Testimonio.....	Juan Montalvo
Nueva York.....	Max Jiménez	Virgilio.....	Giovanini Pascoli
La independencia de México en letra de Virgilio.....	Alfonso Reyes	Virgilio y la poesía nueva.....	Augusto Arias
En memoria de Virgilio y Simón Bolívar.....	Jorge Zeledón Venegas	Expulsado.....	John Cheever
Vino nuevo en jarras viejas.....	Juan del Camino	El caso de la inversión extranjera (4).....	N. Viera Altamirano
Los fariseos del nacionalismo.....			

Homenaje a Virgilio en el 2º milenario de su nacimiento

Primus ego in patriam mecum, modo vita supersit,
Aonio rediens deducam vertice Musas;
Primus idumaeas referam tibi, Mantua, palmas;
Et viridi in campo templum de marmore ponam
Propter aquam, tardis ingens ubi flexibus errat
Mincius et benera praetexit arundine ripas.

1.—Ninguna palabra, en este lugar y en esta ocasión, (1) podía ser pronunciada antes que la de Virgilio; ninguna, antes que los solemnes versos con los cuales él ofrecía a la patria la corona suya de poeta, con los cuales levantaba sobre los dulces campos nativos el imaginado templo de su gloria.

Después de haber insinuado en las *Eglogas* las agitaciones y las perturbaciones de su juventud y de su pueblo entre el tumulto de las guerras civiles; al concluir el poema de la pacificación de Italia, las *Geórgicas*; fijo ya el pensamiento en la epopeya de la nación y del imperio de Italia y de Roma, la *Eneida*; Publio Virgilio Marón, en el floreciente vigor de la vida, a los cuarenta años, desde los ocios felices de Parténope solicitaba, con los votos, los auspicios no a las glorias antiguas de la Grecia, no a la presente fortuna de Roma, sino a su Mantua, a la ciudad véneta-umbra-etrusca «gens illi triplex», hacia la cual lo llevaban el amor al rincón nativo y las fatídicas memorias de la vieja estirpe italiana. «Yo, el primero, —cantaba— así la vida me alcance, retornando de la colina sagrada conmigo haré venir las musas a la Patria: yo, el primero, traeré hacia ti, oh Mantua, las palmas gloriosas; y en los verdes campos tuyos levantaré un templo de mármol cerca del sitio en donde el Mincio avanza majestuoso en lentas curvas abrazadoras y cubre las riberas de una flexible cintura de cañas.» En la mitad del templo él desea colocar la estatua de César; en honor de César cien cuadrigas se agitarán en carrera a lo largo del río, resucitando, en la llanura de Bianeve los juegos helenos; en los cuales llamará a concurso y designará los premios, él, el poeta, en su esplendor de púrpura, coronado de olivo. En las puertas del templo estarán esculpidas las batallas de César y el escudo del Romano victorioso: alrededor, en mármol de Paros, se encon-



Busto de Virgilio

(En el Palacio Ducal de Mantua)

Virgile

Dans Virgile parfois, dieu tout prêt d'être un ange
Le vers porte a sa cime une lueur étrange.
C'est que, rêvant déjà ce qu'à présent on sait,
Il chantait presque à l'heure où Jésus vagissait.
C'est qu'a son insu même, il est une des âmes
Que l'Orient lointain teignait de vagues flammes.
C'est qu'il est un des coeurs que, déjà, sous les cieux,
Dorait le jour naissant du Christ mystérieux!
Dieu voulait qu'avant tout, rayon du Fils de l'homme
L'aube de Bethléem blanchit le front de Rome.

Víctor Hugo

(Envío de A. Alvarado Quirós)

trarán los descendientes de Júpiter, los héroes troyanos y, en medio de ellos, Apolo.

El monumento surgió, no en un campo reducido, sino en la extensión de los siglos: el monumento surgió pero no en mármol pario: vosotros lo sabéis, ese monumento es la *Eneida*. Pero

en esa afectuosa cortesía de ciudadano está la imagen verdadera de la poesía virgiliana: de la tranquila verdura de este llano lombardo, en el nítido espejo del amplio lago, surge, en la cándida esplendor del mármol pario, serena, pura, solemne; y a su alrededor, a sus pies, se agitan los rumores de gloria de los pueblos y de los conductores de multitudes.

No un monumento a Virgilio: demasiado solemne lo levantó él mismo. No el elogio: nuestra frase de encomio, todavía mortificada por las pequeñeces de la servidumbre y manchada con el lodo de la licencia, muy inferior y muy discordante suena a la par de aquella perfecta armonía de arte que es la poesía virgiliana. Yo, si mi intención, señor Prefecto y señor Alcalde y vosotros todos, respetables miembros del Comité, hijos de Piétole, no os parece atrevida, trataré de interpretar y de demostrar, cómo vosotros, con devoción de hijos y con reverencia de italianos habéis hecho algo digno por todo concepto de la antigua Italia, al dar el nombre de Virgilio a vuestra ciudad y al colocar, en medio de vosotros, cual numen presente, su efigie. Yo arrancaré al poeta de las aulas de los eruditos, de las academias de los literatos, de las mansiones de los poderosos, y a ti lo restituiré, oh pueblo verdadero de Italia! Él es sangre vuestra y alma vuestra: él es un hermano antiguo, un campesino, un agricultor, un itálico labrador, que desde las riberas del Mincio ascendió al Capitolio y del Capitolio al Olimpo.

2.—En esta profunda dulzura de paisaje recostado en la verdura, él poseía la finca paterna, entre la colina y el pantano poblado de juncos, más allá del cual temblaba la llanura del Mincio: aquí tenía una viña, una huerta y fecundas tierras de pastoreo; había, también, en la heredad, fuentes vivas y estanques surcados por cisnes y frescas sombras de árboles bajo las cuales, sentado en la espléndida primavera, podía escuchar el zumbido de las abejas en las frondas vecinas y el gemido amoroso de las palomas, profundo amor suyo, en la casa entre los olmos, y, melancólico, en la lejanía el canto del podador. Discreto y modesto creció en hábitos de silencio y de meditación; y del consentimiento del paisaje tranquilo

(1) En la inauguración de un monumento a Virgilio en Andes, Piétole. Discurso pronunciado el 30 de noviembre de 1884.

a la plácida vida, de la monotonía de la naturaleza con el alma, aspiró una tristeza serena que es el fondo sobre el cual ondean las fantasías sonrientes entre lágrimas, de su juventud, el fondo del cual surge el pensamiento melancólico y elevado de su virilidad. Aquí, frescas aguas; aquí, tiernos prados; aquí deseaba pasar toda la vida con vosotros. Pero no. Gritó el soldado impetuoso, rompiendo con áspera voz el ensueño del poeta:—Fuera de aquí, colonos.—Y en las *Eglogas* aquel Melibeo que emigra, aquel Tíro que se inmoviliza contemplando las ruinas del campo, aquellas frases compasivas de los siervos y de los obreros, son la voz de la vieja Italia; la voz de todos los trabajadores mal interpretada por la espada de los veteranos de César; la última queja de las tribus arrancadas del suelo de la patria por la centralizadora restauración de Sila. La vieja Italia había fijado, en el derecho y en la religión, la propiedad del suelo y, con ella, la producción, la riqueza, la libertad. La aristocracia romana y la revolución militar arrancaron al dios Término. La república se ha hundido. «*Barbarus has segetes?*» llega a ser en los siglos el grito de la mísera Italia.

Virgilio, de la prudencia de los nuevos dominadores, obtuvo después recompensa de los daños: cambió las nieblas mantuanas y la pequeña heredad por los esplendores de Posílipo y de Baia y por el campo de Nola. Pero de aquella inícuca transformación de la fortuna paterna, de aquella violenta perturbación de sus ensueños juveniles, la magnífica alma suya, respetuosa del derecho y amante de la tranquilidad, se sintió influenciada en modo tal que adquirió la costumbre de la natural melancolía; pero, aún llegado a la madura potencia del arte suyo, él reproducirá siempre, con la fantasía del recuerdo, los grandes paisajes tranquilos de la llanura nativa bajo el velo de una cándida neblina que nada sombría es.

3.—Y sin embargo, de esta alma tan temprano ofendida por las luchas de la vida se diría que por la misma herida absorbe la gran frescura de la esperanza, mejor aún, de la fe en una felicidad prometida al género humano, en una edad de oro que aún debe vivirse en este planeta. Por lo que el bardo, o persuadido por las tradiciones etruscas del año mil, o inspirado en un eco de sentimientos mesiánicos que llegaban de Oriente, entre el tumulto aún vivo de las luchas civiles, exclamaba:

Aspice venturo laetentur ut omnia saeclo.

Y el primer paso hacia aquella leticia futura, le parece que es la pacificación de Italia en la restauración de la agricultura; de ahí el poema de tan cívico carácter: las *Geórgicas*.

Los vencedores, después de haber repartido Italia entre los veteranos, se dieron cuenta de haber preparado el desierto: y Mecenas al labrador de Mantua, pudo aconsejarle que con la poesía despertara el amor a la agricultura, fuerza poderosa en otros tiempos, de Italia y de Roma, en los pueblos que de los campos ya cansados se alejaron a causa de las guerras victoriosas; que reconciliara, en el amor al trabajo, a los nuevos propietarios, los veteranos, con los antiguos colonos. Pero la inspiración del poema está más lejos, más alto es el pensamiento. Es el ideal de los republicanos de parte plebeya. Los Gracos deseaban con la ley agraria, distraer al pueblo de los ocios turbulentos del foro y llevarlo hacia las labores generosas del campo, querían con las rústicas virtudes salvarlo de los daños de las suavidades orientales, desea-

Dádiva virgiliana

(A Mariano Silva y Aceves)

*Tú que con áurea dilección procuras
en español del pueblo mexicano
las imágenes dar y las figuras
que diseñó Virgilio con su mano;*

*y examinas las nuevas vestiduras
que a las Geórgicas puso tu paisano
el árcaico Pagaza, que en las puras
fuentes bebió del cisne mantüano:*

*apresúrate y muestra ese tesoro
y dalo pronto a relucir y dalo
al editor a que lo imprima en oro;*

*dárselo con los labios en la avena,
y, a ser posible, llévale un regalo
de queso y miel para la parva cena.*

Rafael Heliodoro Valle

México, D. F., octubre 1930.

(Envío del autor)

ban, en fin, hacer italiana a Roma para salvar la República. Virgilio deseó lo mismo para elevar a Italia y reconciliarla con Roma que iba personificándose en el imperio. El viejecito Coricio, labrador feliz de un rincón de tierra, es la condena de los latifundios que perdieron a Italia. Y si en el motivo político el poeta de César se inspira en los Gracos, en la idea moral y humana que da de la agricultura, ¡cuánto no se adelanta al aristocrático agricultor Catón! «*Divina gloria ruris*» es un sentimiento desconocido de los dueños de los grandes campos, es una expresión nueva en la antigua poesía. Para Catón la tierra era el instrumento de riqueza: para Virgilio es la madre piadosa de los hombres iguales:

Fundit humo facilem victum iustissima tellus.

Y las labores del campo se ven santificadas por la religión de la patria, como obra social.

¡Admirable poesía! y más aún cuando, en tan grande nobleza de principios y en tan grande perfección de formas, la ingenua bondad del campesino brota en la ternura con la que el poeta canta las bellezas y los sufrimientos de los animales. En la descripción de la epizootia, en aquellos terneros que mueren en grupo por las felices campiñas

Et dulces animas plena ad praeseptia reddunt,

en aquel labrador que se aleja, triste con la cabeza baja

Moerentem abiungens fraterna morte iuvenum,

brotan a raudales las lágrimas del gran poeta campestre. Es él, el pastor de sus églogas que lleva abrazada por el duro sendero del destierro, la cabrilla recién parida, como José Garibaldi conducía, dándole calor con su cuerpo, hacia la gloriosa cabaña de Caprera al perdido corderillo. Oh bondad sencilla, adorno y complemento supremo de toda grandeza!

4.—De los campos al Capitolio, de Italia al Imperio!

El voto del mundo romano, al librarse de las guerras civiles, la paz en la grandeza, tomó forma épica en el más bello poema literario de las gentes latinas. Cuando la fuerza ha destruido las tablas de la ley y la licencia de las espadas enloquece, por la salud de la patria la mayoría se ve obligada a invocar o a aceptar a un «enviado de Dios» o a un «hombre providencial», es decir, un dictador, no; un déspota. Así cuando Octaviano se convierte en Augusto, Virgilio ve de nuevo en él, con la fantasía del amor, al hermoso joven que le

había devuelto su rincón de tierra, y por él, pide a los dioses:

*Hunc saltem everso iuvenem succurrere saeclo
Ne prohibete.*

El poeta de Augusto ensalza la monarquía como la consagración de la voluntad de los dioses; pero el poeta de Italia canta el reino de los antiguos tiempos civilmente renovado por la aceptación de los pueblos, y con las leyendas dinásticas entreteje las tradiciones y las historias itálicas y romanas conciliando, en el supremo período de la civilización antigua, la república con el imperio, la madre Italia con Roma, la soberana del mundo. En lo que resplandece otra virtud, maravillosa en este espíritu solitario y campestre, la inteligencia política, que desde entonces ha de diferenciar a la poesía latina de la griega: él comprende y hace comprender la prosperidad y la constitución de la patria romana y el genio de la gente de toga con una amplia y más que histórica intuición, adelantándose, como poeta y como gran poeta, a Maquiavelo y a Montesquieu.

Y—lo que los modernos ya no saben hacer—él anima la historia: la historia y la antigüedad con fantástica poesía. Ningún épico, ningún historiador antiguo ha sido más arqueólogo que Virgilio: en la poesía virgiliana surgen de los montes, de los collados, de los ríos, los antiguos dioses de la patria; de las ruinas de las ciudades desaparecidas, se levantan los pueblos aniquilados para cantar los propios orígenes divinos y las instituciones civiles y los cultos de los padres y la fuerza de las armas: Arcadios, Etruscos, Latinos, Sabinos, se mezclan en el lugar más glorioso del mundo, en las colinas y en los campos en donde, más tarde, creció Roma. Con eso él es el gran patriota épico: cuando murieron Eurialo y Niso, olvidándose de que los dos jóvenes héroes eran creaturas de su noble espíritu, el poeta, con fogosidad ciudadana, invade la epopeya; glorificando el sacrificio y en el sacrificio de los individuos fundando la eternidad de las instituciones, exclama:—¡Felices ambos! Si algún valor tienen mis cantos, nunca os arrancarán de la memoria de los tiempos mientras los descendientes de Eneas habiten la permanente roca del Capitolio y mientras el padre de la patria romana domine el imperio.

En medio de tanta gloria, intérprete ante el mundo de los destinos del imperio, Virgilio fué siempre como había sido joven agricultor en en las riberas del Mincio: había conservado de los primeros años y de las costumbres de los campos la tez morena bronceada y un cierto aspecto momentáneo de embarazo y de inadaptación. Y sin embargo, una de las raras veces que del secreto retiro de la Campania o de Sicilia vino a Roma, al entrar en un teatro, con sus largos cabellos de campesino, con su rubor de virgen, el pueblo todo, puesto de pie, saludó con prolongadas aclamaciones al poeta. Inconsciente el pueblo rendía justicia a un sobreviviente de aquellas gentiles razas agrícolas italianas que habían consumado y destruido la tiranía del senado y la revolución militar cuando aquel reivindicador campesino reunía en su alma de poeta a Roma, al imperio, al mundo.

La poesía de Virgilio fué adquiriendo gradualmente amplitud: de nacional, como el imperio, se transformó en universal; traspuso los límites del imperio. Las mujeres del poema son de otro mundo: Lavinia, la doncella; Andrómaca, la madre; Dido, la amante; Camila, la feliz y púdica luchadora; no tienen hermanas en la poesía antigua, excepto, talvez, en Sófocles. El pensa-

miento del poeta asciende cada vez más manteniéndose melancólico en la visión del bien: Su palabra sonora, que surge desde los secretos más íntimos del espíritu, produce una influencia profunda en las almas; tiene un suave acento de piedad para todos los dolores, para todas las desventuras, para las miserias todas; «*meutem mortalia tangunt*»: él, el poeta romano, siente horror por la guerra, «*scelerata insania belli*». Un sentido superior de la vida, una conciencia purísima de lo bueno y de lo bello, una delicada y conmovedora humanidad, anima aquella divina poesía que parece traer a la realidad los ensueños juveniles cantados en la orilla del Mincio:

Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.

Y sin embargo, en el imperio del mundo se sucedieron severos y sangrientos, Tiberio y Calígula. Pero nació, también, Jesucristo. Desde entonces los siglos todos admiraron al poeta mantuano quien, como un cisne, abandonó la tierra siguiendo a las estrellas con su canto:

Linqwentem terras et sidera voce sequentem.

Conciliador entre dos mundos, pasa, cual Hermes entre las sombras del infierno, rompiendo las tinieblas de la edad media con el áureo látigo de su canto: pasa, y Dante, apenas lo divisa en el límite de la selva salvaje, le tiende los brazos y ante él se arrodilla; y él, en Dante, limpia, a Italia y a Europa, de la pátina de la barbarie, y manda su espíritu, por entre diversas gentes, a Camoens, a Racine, a Schiller.

Tal es en la historia del pensamiento humano vuestro conterráneo, o mantuanos de Piétole.

5.—¿Pero, no tendrá hoy que dar a Italia un consejo o una admonición, el poeta, al cual las

almas temerosas de la edad media solicitaban visiones del porvenir?

Hace varios años, en un ocaso de otoño, recorría yo esta llanura mantuana. Brillaban las mieses en la alegría del estío; en la verdura ondeante como un mar, por los senderos polvorientos, llenos de quienes de los mercados retornaban, surgían los rumores de la vida y del trabajo; blanqueaban las casitas felices entre los altos y rectos árboles; el crepúsculo todo lo envolvía en un rojo sopor vaporoso. Llegué a Castel d'Ario; y en escuelas ventiladas y nítidas vi caras serenas de niños y de niñas florecientes, y escuché de aquellas bocas inocentes ascender cantos de gloria y de virtud. Las madres sonreían en los umbrales, los varones se paraban a los bueyes de los carros, y desde los establos mugían las vacas. Un castillo de la edad media, cuyas hendiduras velaba la hiedra eterna, enrojecido por los resplandores del ocaso parecía avergonzarse de su inútil y cruel elegancia en medio de los triunfos de la industria pacífica y del trabajo humano. En aquellos cantos de niños, entre aquellos mugidos de vacas y de bueyes, en aquellas manifestaciones de belleza, de fuerza, de tranquilidad, dentro de mi corazón, me pareció sentir el espíritu de Virgilio. Y decía:—Oh italianos, dad vigor e independencia a la agricultura, llevad la paz a las campiñas! Desterrad, de los surcos, el hambre; de los cuerpos, la enfermedad; de las almas, la torpe ignorancia. Dad la paz a los campos y a los labradores. Y el águila romana verá crecer de nuevo sus plumas y guiará, por encima de los montes y por encima de los mares, nuestro derecho y, con él, las victoriosas armas de Italia: «*Victorisque arma Quirini*».

Giosué Carducci

Discorsi Letterari e Storici, volumen primero de las Obras de Giosué Carducci, páginas 189 a 202. Nicola Zanichelli, editor. Bolonia, Italia. Traducción y envío de JOSÉ FABIO GARNIER.

España y el ideal virgiliano

=De A B C, Madrid=

Virgilio se diferencia, sobre todo, de Homero en llevar, además, el peso de una grave conciencia política, y en no podernos ya parecer, a causa de esto, *tan poeta*. Inmediatamente, cuando se le despoja de sus máquinas de portento y de sus maravillas melodiosas, el Virgilio político no deja de parecerse, por ejemplo, a Mauricio Barrés: "La tierra y los muertos". La tierra, que son las *Geórgicas*, y los muertos, con su inmortalidad, que son la *Eneida*. Entre la tierra y los muertos, las *Eglogas*, que son, ante todo, un lazo espiritual, un poético puente entre el oficio sencillo y la divinidad fabulosa. El ideal patriótico de Virgilio es una Roma "rica de cosechas y de héroes".

Como Barrés, cuando mira hacia atrás antes del victorioso golpe de César, ve un turbio período republicano y demagógico, con sus charlatanes, traidores, agiotistas, asesinos y meretrices, entre quienes se juegan y malbaratan los destinos ilustres de Roma y se vive confiadamente entre desastres coloniales de guerra, bancarrotas económicas, diversiones, vergüenzas, cohechos, Bancas ávidas, Sociedades anónimas y casas de ocho y diez pisos, cuya altura tendrá que reducir Augusto a treinta metros. Se han desertado el campo y la virtud. Las *Geórgicas* tienen una fuente prosaica, oficiosa, nobilísima, de contribución a una propaganda administrativa y estatal de política

agraria. Volver a la tierra y a los héroes y volver a los dioses también. He aquí Virgilio. A través de Virgilio toda la Historia se nos aparece como una aspiración al equilibrio entre las pastorales y la epopeya.

Es frente a la tierra de Sicilia, llena de pastorales griegas, donde acaso Cervantes imaginó por la primera vez que Don Quijote, el épico, en último ejercicio de perfección, querría profesar desarmado el ministerio pastoril, porque entonces sería, como nunca, hombre de Europa, cuyo espíritu ve incesantemente su ideal perdido y soñado en el retorno a la felicidad, bajo el báculo arcaico. De Virgilio a las pastorales del siglo XVIII—de Virgilio, que es orden, a Rousseau, que es demencia paradisíaca y delirante—, la lírica pastoril desenvuelve hasta deformarlos todos los motivos esenciales a la unidad moral de Europa. La égloga donde ponen los gentiles el último recuerdo de la Edad de Oro, viene a fundirse en los albores de la poesía cristiana con la nostalgia milenaria del paraíso, con el Cristo Orfeo y pastor de las Catacumbas y las visiones del Pastor de Erma. Tras la caballería de los cruzados surge la pastoral franciscana, donde la cortesía se hace popular y divina y es una flor de primavera que perfuma el mundo. En seguida, con Dante y Petrarca, se abre la pasto-

ral renaciente. El pastor, niño y cíclope, patriarca del Viejo Testamento, Monarca, fundador y dios grecolatino, es, ante todo, predilecto del amor y la muerte, garzón de Venus o Cibeles, esposo del cantar de cantares, precursor Bautista en el Jordán y Divino entre todos, Cristo, Buen Pastor que tiene por vicarios a Romanos Pastores. Toda ilusión de orden futuro necesita una pastoral y una epopeya: un pastor Pedro, y, junto a él, un paladín Pablo, con las dos manos apoyadas sobre la empuñadura de la espada. Pastoral del aldeano de Alemania, Lutero, o del *berger* de Suiza, Rousseau, y en seguida epopeya de las guerras de Religión o de las guerras de Revolución. Allá lejos, en Ultramar, de la pastoral sudorosa—otra vez virgiliana—de los colonos, nacían mayos nuevos de paz y libertad. El viento antiguo neocristiano y neoclásico soplaba en las banderas de Washington y de Bolívar.

El Imperio ha podido consolar a los hombres como una idea eterna. Ha combatido a los cartagineses, a los escitas, a los turcos, a los agarenos, a los luteranos como los griegos han batido a los persas. El viento de Lepanto es el mismo de Salamina. Pero es Virgilio, el poeta de Augusto, quien al venir a la tierra de Sicilia inventa el equilibrio de la pastoral y la epopeya, el Imperio Piadoso, invocando a las musas sicilianas. No en vano Goethe ha llamado a Sicilia "isla reveladora". Desde este balcón sobre Grecia, Virgilio aprenderá mirando a Grecia—mirando sin querer, también hacia Belén. Las pastorales de aire divino que reconciliaran al mundo cristiano con el mundo clásico y citaran los Papas y Doctores como profecías. Las sibilas por virgilianas, más que por sibilas—*ultima Cumaevi*—estarán en el techo de la Sixtina mezcladas a todas nuestras grandes, cristianas y católicas alegorías. Desde Sicilia, mirando a Grecia, Virgilio imitará la epopeya homérica y la *Eneida* será el puente latino tendido entre la antigüedad y *La Divina Comedia*, de Dante, el sumo poema cristiano. Virgilio y la tierra siciliana van a servir de intermediarios de universalidad a todos los imperios futuros.

Y a nosotros también. Ahí están nuestros escudos españoles de Sicilia. Con ellos he rezado alguna vez como un rosario de coronas y de cuarteles españoles en la alegría y la tragedia de las dos Sicilias. Con ellos, bajo el cielo caritativo de la magna Grecia, he rememorado una epopeya castellana—la del Mío Cid hasta Lepanto y hasta Rocroy—junto a una pastoral castellana: la de Berceo, la del Arcipreste, la de Montemayor, la de Garcilaso, la de Cervantes, la de fray Luis, la de Juan de la Cruz. Con ellos—escudos españoles de Sicilia—he visto mezclarse sobre la tierra siciliana, como en ninguna tierra del orbe, las lecciones más equilibradas y puras de la conciencia clásica con las catástrofes y los desórdenes más violentos o fatales del tiempo y de la Naturaleza.

En la torre casi derruida de Castellamare, en Palermo, una fina puerta de arco rebajado, hermana de las de Toledo y Alcalá, sostiene las armas reales. El sol de mediodía da como en el rostro de un cuadrante solar en el viejo escudo de España. Al fondo, sobre el intenso mar azul, aquietado en el cerco de oro de los montes, flotan, como pétalos en una copa, las embarcaciones pintadas a la antigua, de colores claros. Bajo las nubes blancas, que deshacen ya su cortejo matinal de bodas, el escudo del Rey Fernando y la Reina Isabel casi brilla en el mármol donde fue sobriamente inciso sin es-carolados follajes. A los lados, bajo dos angé-

cas alas, lleva esculpidos el yugo de buey y el haz de flechas.

¡Escudos españoles de Sicilia! Ellos dicen que tuvimos alguna parte en la idea humana, virgiliana, eterna, clásica y cristiana del Imperio. Todavía se quiso defender con ellos una unidad, una civilización, una cultura, un vuelo de epopeya, pero también una católica y romana pastoral de los Cárpatos a los Andes. Ellos dicen cómo supimos continuar el discurso milenarista de las armas y de las letras; cómo invocamos, hasta donde nos fue posible, en la larga pelea el socorro de las musas; cómo dimos nuestra odisea de ultramar y nuestra Edad de Oro; cómo ensayamos, no sólo oprimir y humillar a los pueblos, según se nos reprocha, sino también establecer una cooperación más elevada, inteligente y generosa que la que existe ahora. Italianos, flamencos, alemanes, franceses eran muchos de nuestros almirantes, de nuestros políticos, de nuestros embajadores, de nuestros prelados, y muchos españoles vivían por el Imperio en obediencia de estos extranjeros. Hicimos un esfuerzo por establecer una Monarquía universal, una unidad rectora del género humano, donde los mejores fueran coparticipes. Quisimos defender una paz en la religión y en la cultura.

Aquí, a la tierra de Sicilia, antes que con el de las columnas del *plus ultra*, vinimos con aquel otro escudo. Trajimos entre un yugo de buey y un haz de flechas los cuarteles de la nacional dinastía. Cantaba sus Geórgicas con el yugo y cantaba su Eneida con el haz. Más que ningún otro blasón, éste se acomodaba, con los signos de un doble trabajo—épico y rústico,—a la sencillez, a la modestia, a la fuerte y templada dignidad de Itaca y de Castilla. Nunca tuvimos otro escudo mejor. Con su haz de flechas y su yugo arcaico, él reafirmaba la Patria "rica de cosechas y de héroes" que Virgilio había soñado. Así volvía en el escudo virgiliano de la Reina Isabel aquel equilibrio entre la pastoral y la epopeya que Virgilio pasa todavía como un sueño dorado por Cervantes.

¿No parecen nacer los escudos así para que las pastorales no mueran? A la tierra de cíclopes y de pastores donde Vulcano acicalaba las armas de Aquiles y donde Minerva enseñaba a los hombres el arte de arar y uncir los bueyes, volvía en signos castellanos y en aragoneses el recuerdo de la lección libertadora. En los trabajos y los días de España, en las mocedades de un Imperio, he aquí los símbolos sin énfasis que bastan al esfuerzo común. Significaron en sus acepciones más altas, más que predominio vanaglorioso, educación perfecta,

hecha de soportar los yugos de las ciencias, las artes y las leyes y de afinarse en punterías, osadías y destrezas exactas de arquero.

Repongamos hoy en el escudo yugo y haz. Si el yugo sin las flechas resulta pesado, las flechas sin el yugo corren peligro de volverse demasiado voladoras. Tornemos, en el bimilenario de Virgilio, más que a una política, a una disciplina, a una conducta, a una educación. Unamos, a la laboriosidad cotidiana, la audacia vigilante y el ojo seguro del sagitario. No dice el yugo sujeción solamente. Dice también instrumento para realizar la fatiga, ayuda,

mansedumbre, coyunda sacramental de amor. No dice el haz únicamente "La unión es la fuerza". Dice también que tiene en ligadura, presta a soltarse, alas de pluma y agujones de acero.

¡Escudo virgiliano! ¡Antiguo, nuevo y augural escudo de España! Haznos volar, agujonear, arar, espolear la yunta y el vuelo, tener una conciencia diaria del surco terrenal y de la invisible, flechera, celeste trayectoria. Entre el yugo del buey y el haz de flechas, tú podrías volverte nuestro cuadrante en espera del mediodía.

R a f a e l S á n c h e z M a z a s

Nueva York

=Envío del autor=

La primera idea es hablar mal de esto; lo dictan unos cuantos empujones, y las tantas veces que se escapa uno de ser incrustado a la tarvia de la avenida.

Un examen de conciencia centra el fiel de la balanza: yo he venido aquí a comprar útiles para el pedazo de tierra que cultivo allá en el trópico; desde luego, les soy deudor, las máquinas en alivio de obreros y animales crean deuda.

¿Entonces? Sencillamente la diferencia de razas, agua y aceite. Aquí la vida de cada individuo tiene un derrotero marcado, el americano sabe siempre a donde va, sabe siempre lo que quiere, y en ese su camino, no habrá de detenerse, por lo que él seguramente llamará pequeñas cosas; aquí no puede existir la cortesía, casi creo que no debe... Somos distintos, he dicho, nuestra vida está en el aire, vivimos más y nos movemos menos. El yanqui apuntó su existencia a las máquinas, y éstas terminaron por hacerlo su esclavo.

Esta gente es buena, sin premeditación, sin cálculo; la honradez existe hasta en la manera de robar: se mata a los cajeros, se llevan el dinero; probablemente el ladrón muere a manos de los guardas que llevan pistolas a flor de uso; la forma es franca, unos muertos y el dinero vuelve a su sepultura de acero.

«El tiempo es dinero», se lee con frecuencia hasta en los anuncios callejeros;

pero, qué vale una vida dedicada a hacer del tiempo dinero?. El tiempo, sí, es verdad que puede ser dinero, pero, toda esa flora hija de la sensibilidad necesita tiempo que bien vale la pena restárselo al montón de la avaricia...

Este Nueva York sin sosiego, esta eterna precipitación, porque siempre detrás de uno le urge seguir al otro. Casi creo, que si un humilde labriego por un momento, imaginase un trozo de Broadway, se le podría considerar fuera del uso de razón.

El americano cumple su deber, es hermoso, pero tal vez sea preferible vivir y cumplir el deber sin ser su esclavo.

Este país es un disolvente de personalidades; nosotros, los que venimos de allá, somos rápidamente digeridos, quedando en una mala imitación de esto. Sin embargo, es duro confesarlo, aquí se es menos extranjero que en Francia; el yanqui no tiene tiempo para ponerse a pensar en eso, y si se trata de ventilar algún asunto, se arregla entre hombres; por aquellas tierras de allende el océano, se ventila entre un hijo del país y un extranjero, que generalmente ya lleva el calificativo de sucio.

Entre la América Latina y esto, habrá eternamente la imposibilidad de revolver el agua con el aceite: volverá cada elemento invariablemente a su lugar, así se haga revolución en el recipiente.

Por mi parte creo que se debe saber agradecer, sin imitar a Fausto en el negocio que hizo con su alma, y decláremoslo: esta es una raza admirable, aquí trabaja la máquina del mundo.

Desde mi ventana, el paisaje me explica lo que es esto: las luces se suceden, una se prende, luego la otra; los hombres como fila de mansos corderos, se precipitan por huecos en la tierra; viajes de topes llenando su diaria recta del deber; muchachas que el trajín de todos los días no marchita y que me hace repetir con el maestro José Juan Tablada:

«mujeres que pasáis por la Quinta Avenida, tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida.»

M a x J i m é n e z

Nueva York.
Abril de 1930.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:		
CERVEZAS	REFRESCOS	SIROPE
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

La independencia de México en letra de Virgilio

=De La Raza, Rio de Janeiro=



Hace años, desde la terraza de Chapultepec, el Presidente Calles me exponía el sistema de las Escuelas Centrales de Agricultura, donde se congrega a los niños de los pueblos indios y, en poco tiempo, se los capacita para las tareas del campo. Yo recordé entonces las dos grandes empresas agrícolas que el Cura Hidalgo quería implantar en México: el vino y la seda. El Presidente, que conoce de cerca el campo y sus hombres, al instante se apoderó de la idea, y me hizo ver la posibilidad de plantar vides en ciertas regiones de la República donde el clima lo permite, y lo fácil que sería hacer cuidar las uvas por los niños de las escuelas agrícolas, mientras las familias de éstos, y las mujeres sobre todo, para quienes parece más adecuado este menester, podrían ocuparse del bóbice, en los cercos de morera que dividirían unos de otros los campos de labranza. El Presidente me exponía con toda objetividad una noción política hija de las necesidades de nuestro suelo, no leída en libros sino aprendida en la experiencia; y haciéndose eco de la preocupación general, insistía en la urgencia de enseñar las ventajas y los placeres de la agricultura a nuestra gente campesina, envidiada primero por la exclusiva atención que la Conquista Española dió al laboreo de las minas, y amedrentada después por la esclavitud práctica a que la reducía el sistema de las grandes "haciendas". Y lo que menos le ocurría pensar era que, con elementos de la realidad mexicana más inmediata y apremiante, estaba glosando las *Geórgicas*, y entraba por propio y natural derecho en el reino del gran latino, cuyo nombre—en una continuidad expresiva—otro Presidente acaba de evocar, para proponerlo a la meditación de sus conciudadanos. Es así como el espíritu de Virgilio parece latir entre las más vivaces inquietudes de México e iluminar el cuadro de nuestra política agraria. Y nada tendría de extraño que, como otro acto más de la adhesión mexicana a los fastos de Virgilio, se recomendara en las Escuelas Agrícolas—y de modo general en las Escuelas Primarias—la lectura de las *Geórgicas* para despertar en la mente de los niños la vocación de la patria. Por fortuna no faltan en nuestra lengua versiones como la de Ochoa, que bastaría para este fin, sobre todo si se toman en cuenta las indicaciones de Herrasti. Y si faltaran, Herrasti, Silva y otros latinistas mexicanos tienen autoridad para ponerse al empeño. Y la lectura se acompañaría con fragmentos de nuestras *Geórgicas*, o sea de la *Rusticación Mexicana* de Landívar (traducida en prosa por Loureda y en verso por Escobedo) para hacer sentir así, de un modo palpable, cómo el espíritu clásico puede acercárenos y hasta tener utilidad nacional. Yo recomendaría de paso la antología literaria de la Agricultura que compuso el catedrático español Juan Dantín Cereceda. Podría ser el "libro de lectura" por excelencia: desarrolla en el niño, a la vez que el sentimiento del amor al trabajo, el sentido de la buena

poesía, y al paso que da consejos útiles, educa la sensibilidad. Y, para propiciar los manes del poeta indignado, quemaríamos un ejemplar de Niebuhr.

No puedo nombrar al Padre Hidalgo, en ocasión que de Virgilio se trata, sin detenerme a expresar el encanto de héroe propiamente virgiliano que encuentro en su figura. Verdad es que era un hombre de letras, y hasta él llegaban los soplos del espíritu jacobino que paseaba por el mundo. Sus enemigos le llamaban "el afrancesado", lo que en aquel tiempo equivalía más o menos a lo que hoy sería llamarle el avanzado, el izquierdista, el hombre de nueva sensibilidad. Estaba al tanto de las conmociones de Europa, y Abad Queipo, escandalizado, encontró un día sobre su mesa de escritor unos cuantos libros peligrosos, de esos que nos traían las corruptoras novedades del viejo Continente. Pero ¿acaso los pastores de las *Bucólicas* no eran también gente de letras, y entre sus sencillas alusiones a las cosas del campo, Dامتاس y Menalcas no mezclan el nombre del letrado Polión, amigo de las novedades, y la mención satírica de los malos poetas passatistas Bavio y Moevio? En lo demás, y visto de cara, un párroco afable, no muy severo con el prójimo ni muy exigente con la humana naturaleza, buen cristiano en suma. Era el Cura Hidalgo un hombre de amenas tertulias, un filósofo aldeano, un conversador, un estudioso, lleno de curiosidades intelectuales y hasta de espíritu de empresa; y creo que también de habilidades manuales, de esas que parecen la prenda de un alma sana en un cuerpo sano. Los errores del sistema económico y jurídico de la Colonia atajaron su libertad para llevar a cabo sus bellos proyectos de agricultor. En vano quiso implantar en México el cultivo de las vides, la industria vinícola y la cría del gusano de seda. Acaso la oposición que encontró por parte de la Metrópoli Española le fue abriendo los ojos sobre el sentido de un malestar público que, en el fondo, era ya el impulso de la autonomía nacional. Así sucede que al Padre Hidalgo lo mismo lo podemos imaginar con el arado que con la espada, igual que a los héroes de Virgilio. No nos engañe su dulzura: un fuego interior lo va consumiendo, que pronto habrá de incendiar la comarca entera. La historia, en una sonrisa, ha querido poner,

Aclaración

San José, 3 de Noviembre de 1930.

Estimado don Joaquín García Monge:

Como la copia de los *Ensueños de Nochebuena* publicada en el número anterior de *Repertorio Americano* iba sin firma—porque olvidé ponerla—y fui yo quien mandé dicha copia, usted creyó que yo era la autora; pero no es así. Esa pieza la escribimos hace unos cuantos años Rubén Coto y yo, y don Enrique Jiménez Núñez le puso música. Se hizo para ser representada en la Escuela Normal en la Navidad de 1919.

Le agradeceré hiciera esta aclaración. Servidora.—Carmen Lyra.

en lo más sagrado de nuestro culto nacional, la imagen del hombre más simpático, más ágil de acción y de pensamiento, amigo de los buenos libros y de los buenos veduños, valiente y galante, poeta y agricultor, sencillo vecino para todos los días y héroe incomparable a la hora de las batallas. A través de los amplios párrafos de Ignacio Ramírez, donde nuestra admiración infantil empezó a conocerlo, lo vemos pasar entre "los gusanos de seda que le donaban sus regias vestiduras" y las "vides que le sonreían desde los collados", o ya se nos aparece, en el episodio de oro de nuestra *Eneida* mexicana, congregando a la media noche y a toque de campana a sus feligreses, que acuden armados con hachas y con picos, y precipitando—ante el aviso providencial de una ilustre dama prisionera—la hazaña que había de llevarlo a la muerte y a la gloria.

Este maridaje virgiliano de agricultura y de poesía ¿no fue acaso el sueño de Hidalgo, el sueño del Padre de la Patria? No lo hemos realizado aún. Pero al procurar para el pueblo el vino de la justicia y la seda del bienestar, ya vamos haciendo lo posible para que la tierra sea más grata a los hombres.

Alfonso Reyes

(Fragmento del *Discurso por Virgilio*)

En México

En memoria de Virgilio y de Simón Bolívar

El señor Presidente de la República, con fecha 2 del actual, se sirvió dictar el siguiente acuerdo a las Secretarías de Relaciones Exteriores y Educación Pública y al Departamento del distrito federal:

Considerando:

1º—Que en el corriente año se conmemora el segundo milenario del poeta Virgilio, gloria de la latinidad, y que Méjico, mantenedor constante del espíritu latino, no debe permanecer indiferente a tal acontecimiento y sí honrar a tan alto e inmortal espíritu.

2º—Que en el corriente año se conmemora el primer centenario de la muerte de Bolívar, genio de la raza latinoamericana, libertador de varios países americanos que con Méjico coincidieron en su esfuerzo por la libertad y la independencia.

He tenido a bien acordar:

1º—Se comisione a la Secretaría de Educación Pública para formar y publicar en el presente año un libro que será el homenaje a Virgilio en su segundo milenario, y en el cual serán invitados a colaborar humanistas y literatos mejicanos. La misma Secretaría organizará la celebración el 15 de octubre próximo de una velada artístico-virgiliana.

2º—Se comisiona a la Secretaría de Relaciones Exteriores para organizar un homenaje a Bolívar el 17 de diciembre, ante un monumento provisional que se instalará a la entrada de la cripta de la Columna de la Independencia. Dicho homenaje consistirá en el depósito de una ofrenda floral a la memoria de Bolívar, un discurso y el izamiento con la bandera de México de la de los países bolivarianos.

La Secretaría de Relaciones Exteriores colocará una ofrenda floral ante el busto de Bolívar, que se encuentra en la fachada del mismo ministerio.

El departamento del distrito federal organizará el 17 de diciembre un homenaje, en la calle de Bolívar, frente a la casa que habitó en Méjico el Libertador.

Vino nuevo en jarras viejas

Página lírica de Jorge Zeledón Venegas

= Envío del autor =

Hogar

Escondido entre las flores
de mi jardín encantado,
tengo hace tiempo formado
el nido de mis amores.

En él los sueños mejores
de mi vida coloqué,
y hoy en el jardín se ve
cuando todo ha florecido,
reinar una flor: mi nido
¡la flor que yo ambicioné!

En él encontró el cariño
su más sincera morada,
y entre caricias de amada
y entre sonrisas de niño,
de mis versos el aliño
voy formando con amor,
mientras canta en derredor
su dicha la primavera.
¡Primavera, quién pudiera
eternizar tu verdor!

Y cuando pasa la brisa
y al soplo de ella parece
que mi nido se estremece
como con una sonrisa,
por mi mente se desliza
el ritmo de una canción
que al salir del corazón
para volar hacia el cielo,
habla de dicha, de anhelo,
de paz y de bendición.

De su puerta cada tarde
me detengo en el umbral
y entono un himno triunfal
al amor que vive y arde,
como pájaro que alarde
hace de su dicha cierta;
y un pajarillo que alerta
me espera dentro del nido,
al escuchar mi silbido
corre a toparme a la puerta.

¡Esa sí que es venturanza!
¡Bendita, bendita sea!
Tras la lucha de la idea
el que tiene hogar, descansa.
Y cifrando mi esperanza
en el santuario de armiño
que edificó mi cariño,
vivo mi dicha soñada
entre caricias de amada
y entre sonrisas de niño.

El aeroplano

Sobre el amplio tapiz de la sabana
rápido corre como el pensamiento,
y con su trepidar, en un momento
llena de vibraciones la mañana.

Y en la fiebre de vértigo que emana
este prodigio del entendimiento,
se oye la queja lúgubre del viento
que domeñó la inteligencia humana.

Y su carrera loca, convertida
en el más temerario de los vuelos,
luchando con la Muerte y con la Vida
como buscando a Dios en sus anhelos,
deja una cruz de oro suspendida
del limpio cortinaje de los cielos.



Jorge Zeledón Venegas

Spaventa

Es el alma del tango que se queja
con sentimiento y con ternura tanta,
que la voz, al salir de su garganta
maravillosa, una oración semeja.

Ligera, como el vuelo de la abeja
su cadencia armoniosa se levanta
y la sencilla música que encanta
sensaciones dulcísimas nos deja.

¡Quién como tú—jilguero apasionado
saltando sin cesar de uno a otro lado—
por siempre en la canción vivir pudiera;

esa canción que cuando tú la expandes
vuela desde la cima de los Andes
basta el reino ideal de la Quimra!

A Estrella

Estrella de mi amor, estrella mía
que vas regando luz en mi sendero.
Eres más que una estrella, eres lucero
de paz, de bendición y de alegría.

En tu espíritu ingenuo se diría
que hay la inquietud de un pájaro parlero,
al que no podrá herir el dardo fiero
de la tristeza y la melancolía.

Tu padre, ruiñeñor enamorado
de su nido fecundo y adorado
en que, feliz, la vida se desliza,

pone un poco de miel en su garganta
y al pajarillo de su amor le canta
su más tierna canción, hecha sonrisa.

Para Ligia

Al cumplir tus dos años, placentera
como un capullo te abres a la vida,
y hay en tu alegre parlotear, prendida
la luz de una radiante primavera.

De valiente optimismo la bandera
que en el hogar mantienes siempre erguida,
habrá de resistir la acometida
del huracán y la borrasca fiera.

Yo me sé que un jardín ha florecido
con rosas de inefable colorido
en tu almita gentil—alma inocente—.

Si lo cuidas con mano cariñosa;
si le riegas amor a cada rosa,
florecerá tu vida eternamente.

El rosal marchito

(Afectuosamente, para Alberto Molina en la muerte de su compañera).

Como un rosal que hubiera florecido
con la fecunda luz de la mañana,
tu compañera—juventud lozana—
llenó de amor y de ilusión tu nido.

Pero ¡ay! que con acento dolorido
se oyó doblar ayer una campana;
una voz la llamó, dulce y lejana
hacia un reino de paz desconocido.

Y al marchitarse del rosal la vida,
sangró tu corazón; y de tu herida
brotó el dolor en toda su grandeza.

Pero para endulzar tanta amargura
quedan dos botoncitos de ternura
en el búcaro gris de tu tristeza.

Flores y estrellas

A Carlomagno Araya, leyendo su libro Primavera.

Tu verso a veces tiene modulaciones de ave
que una ilusión perenne de su cantar arranca;
y es sereno, y es puro y es diáfano y es suave
como la superficie de una llanura blanca

Cuando el amor lo impulsa tiene acento ardoroso
y se llena de flores, de aromas y de mieles;
y vuelca sus cadencias con rítmico alborozo
sobre la primavera gentil de sus vergeles.

Pero cuando refleja la altivez soberana,
esa altivez que tiene radiaciones de cumbre,
entonces es vibrante y es como una campana
cuya voz ensordece las de la muchedumbre.

Ora es la pinclada que en mágicos colores
esboza la emotiva belleza del paisaje,
ora la rima suave que tiene olor de flores
silvestres, recogidas del seno del bosque.

Y así, este libro tuyo de cánticos sonoros
y rimas delicadas y eróticas querellas,
no es un estuche lleno de versos incoloros
sino un jardín cuajado de flores y de estrellas!

Escudo de oro

A mi compañera.

La medallita de oro que ha colgado
sobre mi corazón tu fe sincera,
por ser tuya, será la compañera
de mi vida de poeta y de soldado.

Y allá en la noche, cuando ruja airado
el vendabal en torno a mi bandera,
con el escudo que tu fe me diera
tendré mi corazón fortificado.

Porque ella simboliza tu cariño
—templo ante cuyo altar, hecho de armiño,
mi amor ha colocado un incensario,—
ese emblema de dicha verdadera
es el mejor escudo que quisiera
para mi corazón que es tu santuario.

San José, Costa Rica, 1930.

Estampas

Los fariseos del nacionalismo

= Colaboración directa =

Al ciudadano incrédulo es imposible inclinarlo a ver en las actitudes defensivas de los intereses nacionales, asumidas por quienes unas veces claman contra su entrega y otras se la procuran, hechos de ejemplaridad recomendable. Para ese ciudadano, que en todo país es la minoría que se opone a la «compacta mayoría» señalada por el drama ibseniano, las cosas de la patria no están desarmónicas, tienen su unidad de la cual derivan majestad y permanencia. La actitud varía en el trato de esos intereses es ridícula y pareciera inspirada en un afán teatral.

En *Las Ranas* de Aristófanes, el personaje que abre la representación lo hace preguntando: «¿Amo, comenzaré con los chistes corrientes de que siempre se ríen los espectadores?» Lo mismo podrían decir, sobre el escenario en que se paran, los defensores ocasionales de los intereses de una nación. Su intento no está determinado por la aspiración de formar una patria decorosa. Quieren producir estridencias, despertar una popularidad aprovechable, no morir en la conciencia pública. Saben que los pueblos ríen con la comicidad, ya sea ésta la gracejada o el gesto prosopopéyico. Tienen tales defensores ocasionales su amo, que es su propia miseria. Y éste a su vez tiene otro mayor, que es el poder que quiere en un país dominio y expansión. No son espíritus en quienes viva la patria como una realidad austera, sino como una ficción de gran comicidad. Hoy el cálculo, la palabra de mando del amo, les infunde un satanismo que parece vehemencia, pero mañana cuando haya que dar al amo tierras, aguas, rutas aéreas, finanzas, dominio total sobre el país, el mismo satanismo les supura y se esparce. No son espíritus con quienes podría contarse para dar una batalla que librara definitivamente a una patria de todas las acechanzas interiores y externas. Ellos no quieren la exterminación de los sistemas que hacen inestable la independencia. Si persiguieran locura semejante estarían contrariando su naturaleza, que es precisamente fecunda en la invención de sistemas de entrega. Si adoptan actitudes defensivas de los intereses nacionales es sin el ánimo de que se vuelva a ellos la mirada siempre que esos intereses vayan a perecer. Más bien quieren establecer contrastes, probar al amo que si sirven para darle dominio, también sirven para negárselo. Y el amo astuto ve en el contraste la amenaza, no desprecia la demostración de habilidades, las contrata para sustento de sus designios.

¿Qué fe puede traer al ciudadano que observa el debilitamiento de la capacidad de defensa de los intereses nacionales la actitud ocasional asumida por ciertos hombres? Ayer condenaban los males producidos a la nación por los procedimientos de compañías y organizaciones a cuyo servicio están hoy. Pro-

dujeron el contraste y el amo percibió la advertencia que en él había. Ese amo no es diferente de este otro que quiere venir a coger campo en el dominio de los recursos económicos de la nación. Están ambos influidos de idénticos designios, vienen del mismo suelo, aspiran a la misma preeminencia. Es más, en el fondo tienen su contacto común. Pero el defensor ocasional quiere la estridencia sobre el escenario en que actúa y pregunta al amo, como el personaje de la comedia aristofanesca si la representación la abrirá con los chistes que hacen reír. ¿Quién, que no sea un bobo, podrá sentir respeto por esa especie de vehemencia con que se combate la institución extranjera que en nada se diferencia de la otra que los defensores mantienen, avivan, nutren, azuzan contra los intereses vitales de la patria? ¿Quién no los recuerda clamando contra las compañías que ahora sirven, hermanas en designios con las que hoy combaten? Dijeron las cosas más alarmantes, parecían limpios de pensamiento cuando se enfrentaban a la monstruosidad que se le metió al país por la imprevisión y la tolerancia. Concibieron la soberanía de la nación como algo que no podía sufrir el contacto con esas fuerzas corrosivas destiladas por la monstruosidad condenada. Vislumbraron una patria sin ataduras, capaz de darse sus rumbos, fuerte en el ejercicio de sus derechos. Pintaron el despeñadero de la colonia, de la factoría, a que las compañías como la que ahora sirven y amparan, llevan a los países en donde sus hombres no se aúnan para condenarlas. Se llenaron del santo patriotismo para defender a la santa patria. No dejaron grieta sin cerrar para que no asomara ni una uña del monstruo.

Todo eso hicieron entonces y todo eso pretenden hacer cuando un poder gemelo del que pretendieron fulminar, asoma deseoso de compartir los beneficios de la

hermandad. ¿Quién va a sentir respeto por esas actitudes? ¡Con cuánta facilidad dan la vehemencia a éste o aquél amo! No quieren para la patria esa vehemencia, sino para el amo. Lo está diciendo la conformidad con que vistieron la ilustrísima toga de defensores del poder extranjero que escarnecieron, que patearon, que quisieron ver muerto y exterminado de los linderos de la patria. Los mismos vicios tiene el nuevo poder que aparece con el ánimo de expansionarse simplemente sobre nuestros organismos bancarios. En cuanto a voracidad, en cuanto a rapacidad son idénticos. Y sin embargo, el defensor ocasional se sofoca y quiere hacer comprender que la soberanía está amenazada y que el país va a perecer si permite el afincamiento del nuevo poder extranjero.

¿Qué hay en el fondo de la comedia? Anhelo de producir contrastes, afán de no sentirse muerto. Saben que ese y cualquier otro poder extranjero que quiera dominio económico y político, contará en el momento que lo necesite con la vehemencia y los dictérios de esos defensores ocasionales de los intereses de un país. Primero exploran el campo, buscan los sitios sensibles al escalamiento, para volver más tarde a imponerse. Contarán con el defensor ocasional, lo apaciguarán, le dispensarán los honores, le darán honorarios, le procurarán comodidades, y si hay que darle poder, se lo dan. De sobra saben las organizaciones extranjeras que se expansionan por estos países que el criollo es tornadizo y no puede vivir sin los halagos de un amo. Se constituyen en amos y dominan al criollo.

No confiemos en los hombres de gestos. Mejor es buscar hombres que se definan por su capacidad para no sucumbir a los halagos que imponen traiciones, claudicaciones, escarnio de la vida. Mejor que ir tras los hombres que tienen de la patria un concepto austero y la exponen a la comicidad vergonzosa.

Juan del Camino

Cartago y octubre del 30.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Bolívar tenía que luchar contra todo. Por eso como ejemplo de voluntad, es uno de los más altos de la historia humana. Cuando él dijo una vez que si la naturaleza se oponía, lucharía contra ella y la vencería; no por eso había contado con el mayor obstáculo. Porque las mayores dificultades las encontraría entre sus mismos compañeros de armas; la envidia, la traición, la rivalidad sin grandeza, miserables y mezquinas, habrán de salirle al paso muchas veces, y él entonces habrá de triunfar de todo con su sola superioridad sobre sus enemigos, por el sacrificio y por el heroísmo. Tenía además la virtud de la elocuencia: su palabra convencía hasta a sus peores enemigos. Era un hombre simpático, de esos seres dotados de una simpatía personal tan encantadora y fuerte, que conversar con él y sentirse cerca de él, era una alegría para el alma y una fiesta para el corazón. Desde que principió la guerra de independencia, tuvo rivales. A todos, o a casi todos, los había convencido con su palabra o con sus hechos. Para 1817 tuvo necesidad de llevar a cabo en la persona de uno de sus mejores tenientes, un ejemplo supremo: el general Piar, uno de sus más notables generales de entonces, conspiró contra la autoridad de *Bolívar*, y fué fusilado después de habersele sometido al juicio de un consejo de guerra.

Desde 1815 había desembarcado en la costa colombiana un gran ejército español mandado por uno de los más valientes e ilustrados generales de España, don Pablo Morillo, quien recuperó el Virreinato de la Nueva Granada y pasó a Venezuela con intenciones de recuperarla también. En los llanos de Venezuela apareció entonces un hombre dotado prodigiosamente para la guerra. Era un campesino que había pasado su infancia casi como esclavo en una hacienda y que había llegado a ser el jinete más notable de la llanura. Se llamaba José Antonio Páez y había organizado por su cuenta a muchos llaneros que lo seguían y adoraban. (Llanero se le llama en Venezuela a los que entre nosotros, en México, llamamos charros y a lo que en la República Argentina se les llama gauchos. El llanero, el charro y el gaucho, son hombres nacidos para pasar la mayor parte de su vida montados sobre un caballo. Son incansables en las grandes marchas y saben domar potros en un solo día). *Bolívar* encontró a Páez en 1818. El jefe de los llaneros era ya famoso por haber logrado triunfos notables sobre los españoles y aceptó reconocer a *Bolívar* como jefe supremo del Ejército Libertador.

El año de 1818 fué tal vez el más adverso, el más infortunado para *Bolívar*. Él y sus compañeros de guerra perdieron casi todas las acciones militares realizadas durante ese año. La derrota mayor se la infligió el general Morillo en marzo en un lugar que fué funesto siempre para el ejército

Simón Bolívar

Por

Carlos Pellicer

=Del tomo II de *Lecturas clásicas para niños*. Secretaría de Educación, México=

3.—Véase la entrega anterior.



Bolívar en 1828

Del natural, por Pío Dominguez.

Llega Bolívar, y la tempestad se declara vasta y espantosa, hasta que en Carabobo da al través con la nave en que aun bogaban pujantes los opresores del Nuevo Mundo. Carabobo, campo inmortal, ¿por qué no te han declarado santo los padres de la patria? Los pueblos que no tienen una Elida no se atreven a echar la vista atrás, porque temen no ver nada en el mar de sombras que sus ojos encuentran. Un lugar de recuerdos, un depósito de glorias, un receptáculo de misterios donde los dioses entiendan en las cosas de los hombres, es indispensable para los pueblos ilustres: Maratón es santo para los griegos; Salamina es tan bendita como Samotracia y vosotras, llanuras de Poitiers, donde la media luna quedó en pedazos; vosotras, donde la cimitarra fue abatida por la cruz; vosotras, donde un mar de sangre musulmana dejó cerrado para siempre el paso a los conquistadores del Profeta; vosotras sois sagradas, no sólo para la nación donde os extendéis amplias y hermosas, sino también para todo el mundo, cuán anchamente se dilata la fe de Jesucristo. ¿Qué monumentos, qué señales autorizadas por los legisladores de Colombia dicen al viajero: Este es el campo de Carabobo? Dos veces cayeron allí boca abajo nuestros enemigos; dos veces les dió allí Bolívar una lección sangrienta; allí quedó sellada la libertad de tres naciones, y no hay hasta ahora una piedra que diga al viajero: Este es el campo de Carabobo. Que no honremos nuestros lugares memorandos con columnas y pirámides donde gusta de posar la gloria, no es mucho; nuestro genio es destruir hasta los recuerdos de la sabiduría: un viandante⁽¹⁾ encontró de puente de una acequia la piedra cargada con las inscripciones de Lacondamine y sus compañeros. El magistrado, el militar, el sacerdote, el indio ignorante, la ramera soez, todos hollaban sin saberlo esa prenda inmortal que en otra parte estuviera en un museo. Monumentos en Carabobo, en Pichincha,

(1) El sabio Caldas.

(Pasa a la página 282.)

Libertador: La Puerta, cerca de Caracas. Como sintiera *Bolívar* que su autoridad no estaba suficientemente cimentada para evitar rivalidades y pequeñeces entre sus mismos compañeros, pensó reunir un Congreso con representantes de las provincias de Venezuela que estaban en poder de las tropas *Libertadoras*. Este Congreso fué un acto político de la mayor importancia. Nos recuerda, por igualdad de circunstancias, al insigne Morelos, reuniendo el Congreso de Chilpancingo y despojándose de la suprema autoridad; *Bolívar* hizo lo mismo, y, como a Morelos, el Congreso se negó a admitirle la renuncia que hizo del mando supremo y además fué nombrado Presidente de la República. El Congreso se reunió en la ciudad de la Angostura, a orillas del Orinoco, en febrero de 1819. *El Libertador* leyó el discurso más importante de su vida en el que se mostraba, como en otras ocasiones, hombre del más profundo pensamiento y que conocía o adivinaba sin equivocarse, el alma de estos pueblos Ibero-Americanos. Entregó *Bolívar* ese mismo día al Congreso un proyecto de Constitución, de leyes sabiamente pensadas y que habrían sido muy beneficiosas para el país. Decía con justicia, que después de tres siglos de esclavitud no era posible ni conveniente pasar de la tiranía en que se había vivido, a una libertad desenfrenada. Propone que el Senado, uno de los grupos de autoridad más alta en el gobierno, fuese hereditario, porque no estando acostumbrados al gobierno popular y mucho menos a cambiar frecuentemente a los gobernantes, se hacía necesario dejar, entre el Presidente de la República y el pueblo, un grupo de hombres que no fuera removido en sus cargos públicos, sino que conservaran durante toda su vida el cargo de senadores. Porque era lo que él decía: un pueblo que sale de la opresión y la tiranía no puede inmediatamente entregarse a las prácticas del gobierno popular, libre y democrático, sin hacerse pedazos en los desórdenes que trae como consecuencia la falta de costumbre para nombrar y elegir libremente sus propios magistrados. El discurso leído por el *Libertador* en el Congreso de Angostura en 1819 es, además de una vivísima lección de cosas políticas, un ejemplo de estilo por la claridad y belleza de su prosa.

Durante el año de 1819 el general Páez, con sus llaneros, desarrolló un plan de campaña contra los españoles que dió los mejores resultados. Cansar al enemigo, obligarlo a salir de sus posiciones en donde podía abastecerse de cuanto necesitaba; atraerlo siempre al corazón de los Llanos en donde la caballería patriota, con su natural y extraordinaria habilidad, vencería al enemigo más fácilmente. De esta campaña de los Llanos, quedará para siempre como el más hermoso recuerdo, el famoso hecho del general Páez en el lugar

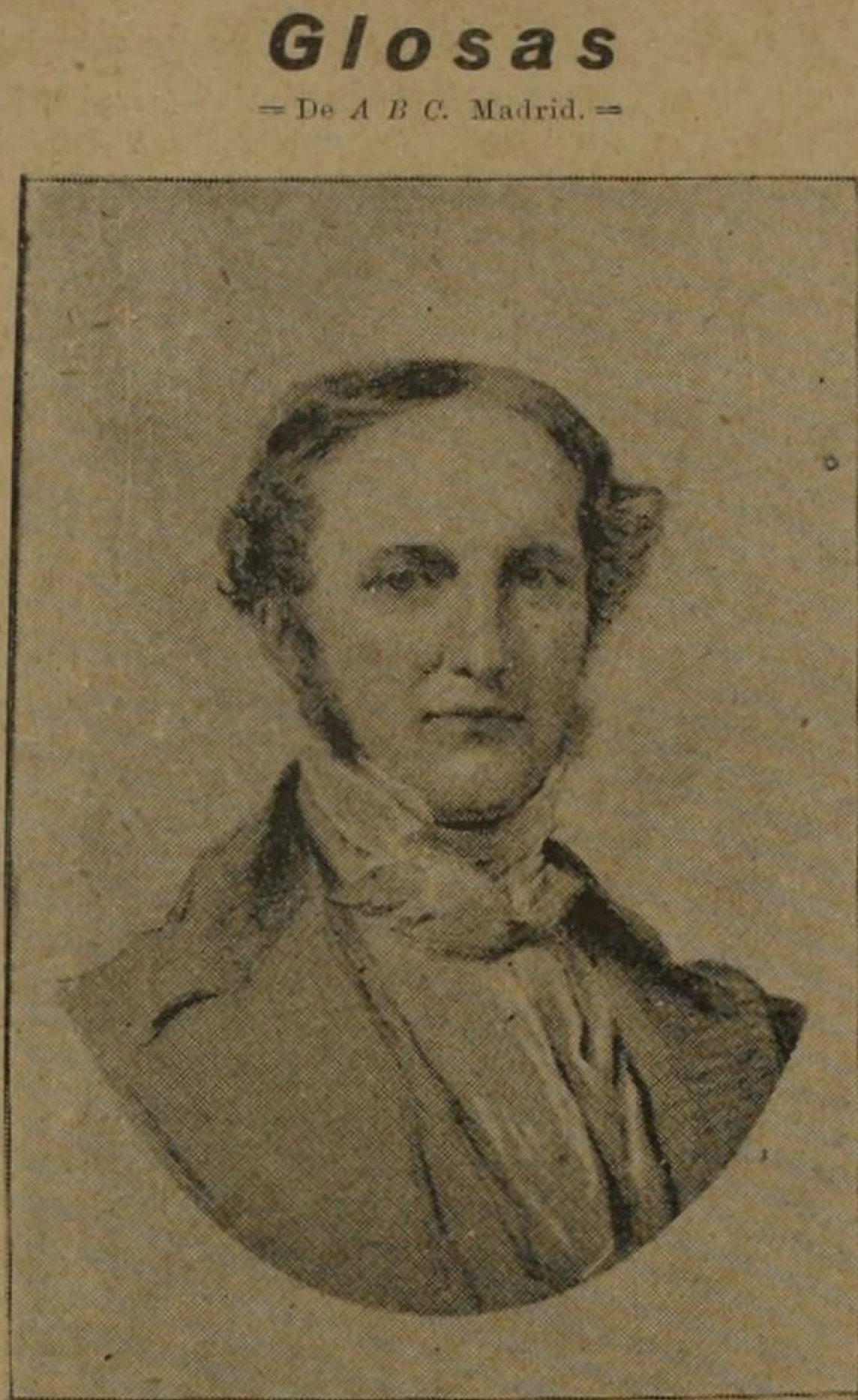
Prescott.—¿Quién lee hoy, en España, la *Historia de los Reyes Católicos*, de Prescott? De *lectura* hablo, no de *estudio*... Innegable que entre nosotros se estudia ya más y mejor, sobre todo en parangón con un ayer bastante desgraciado, el ayer de la última parte del siglo XIX. Pero no parece seguro que lo que en el *estudio* se ha ganado no se haya perdido en lo referente a la *lectura*. Y ocurre que ésta, para los efectos de la cultura ambiente, tenga sus propias virtudes, que el otro no reemplaza. Tiene —no sólo para el acervo total de lo leído, sino dentro de cada orden de conocimientos dentro de cada volumen inclusive— la ventaja de una *extensión* que compensa el menor grado de *intensidad*: no da lo mismo, por lo que toca a la espiritual ganancia, empaparse de un libro en el espacio de unos meses que devorarlo febrilmente en unas horas. Tiene también la *lectura*, comparada con el estudio, un *desinterés*, una *imparcialidad*, una *lucidez*, que faltan en ésta y que constituyen, si bien se mira, elementos intelectuales de primer orden. Ni hay por qué subrayar el contraste en cuanto al deleite: el estudio sólo reemplaza la *lectura* en la proporción y forma en que la tempestuosa amorosa pasión puede reemplazar al hondo y apacible comercio amistoso.

La pregunta, pues, de quién lee el Prescott debe interpretarse en el sentido de inquirir quién es hoy amigo del Prescott. De otra parte, nadie que, en tales coyunturas, el «quien» hay que leerlo «cuantos» y entender la interrogación como una conjetura de rareza, no como una negación de posibilidad. Raros, si existen—y no parece inverosímil que existan—serán los amigos del Prescott. Raros hoy, en España, los lectores del temple de aquellos que, en legión anónima—tan anónima como auténticamente selecta—decidieron de la posibilidad de que se publicasen repetidamente aquellas ediciones de la versión española, ilustradas por el espeso texto a dos columnas, por la tipografía románticamente alargada, por los grabados en madera—Cibera, «Alvaro», Riesga, Vallejo, Zarza *fecierunt*, aquellos grabaditos, bien ingenuamente dramáticos, bien minuciosamente documentarios, de la Casa Gaspar y Roig.

Vida, muerte, resurrección.

—Esta *Historia*, sin embargo, merece, no ya que se la quiera, sino que se la adore. También está, tal es fuente de vivas delicias su lectura. Aquí el saber da una armadura tan sólida, tan perfectamente trabada, tan armoniosa a la vivacidad literaria del relato, como el esque-

llamado Las Queseras del Medio, sobre las márgenes del Río Arauca. Páez movió 150 jinetes y los hizo pasar el río. Morillo estaba muy cerca con 6,000 hombres. El jefe patriota, aparentemente, se retiraba. Morillo lanzó sobre él 1,000 hombres. Cuando los españoles daban alcance a los venezolanos, Páez, irguiéndose sobre su caballo, gritó: *Vuelvan caras*, y se lanzó sobre los soldados de Morillo, haciéndole más de 300 muertos e hiriendo a otros muchos. Al ver aquello el jefe español y



W. H. Prescott

leto de un atleta al juego de sus músculos. Cuando una obra histórica está construida de este modo puede impunemente desafiar al tiempo y resistir a la corrosión y hasta el embate de los descubrimientos ulteriores de las rectificaciones eruditas. Así la estatua donde la anatomía es perfecta resiste a los cambios de gusto impuestos por la caducidad de las modas del traje. Así el buen retrato es siempre un buen retrato, aunque el modelo envejezca o enferme, enflaquezca o engorde, cambie de peinado o pierda el humor.

En la filosofía del retrato artístico ando cabalmente ocupándome estos días, en preparación de una conferencia en ciudad lejana. Y sobre la producción—sobre la embriogenia, diríamos—del mismo he llegado, entre otras, a la siguiente ley: Un retrato que se elabora atraviesa sucesivamente por tres etapas. En la primera, cualquier artista algo dotado de facilidades de mano y de ojo llega muy pronto a un resultado que ilusiona: la figura trazada campea briosamente, parece vivir; el parecido es bastante satis-

Eugenio d'Ors

sus tropas se retiraron en desorden. Así peleaba Páez, el más salvaje y atrevido de los soldados de la libertad, el más famoso guerrillero de la Independencia Sud-Americana. La acción de las Queseras del Medio conmovió intensamente al ejército patriota, llenándolo de esperanza y de fe (3 de abril de 1819).

Bolívar envió una comisión a Londres para contratar soldados que después de las guerras Napoleónicas habían quedado sin ocupación. Desde el año anterior habían empezado a lle-

factorio; todo ello, empero, superficial, gratuito, no analizado, no construido, no justificado; informadores gráficos, caricaturistas, pueden contentarse con ello. El artista probo prosigue: entonces hay que recorrer fatigosamente una segunda etapa; bajo el pincel, bajo los palillos, que analizan y construyen, la imagen, tan briosamente amanecida, parece retroceder, deshacerse, morir; el parecido se nubla, se eclipsa; cada jornada de labor se diría un paso más hacia el fracaso... ¡Ay! La mayor parte de los retratos que en el mundo se intentan, con una evolución contada antes de concluir, se queda así, marcados ellos con una firma que es una dimisión. Sólo algunos privilegiados artistas siguen adelante; y entonces es cuando el milagro se cumple: un día, un día de gracia, he aquí que el retrato empieza a transfigurarse de súbito; renacen en él la fidelidad, la vivacidad, el prestigio de las primeras horas; mas ahora, no ya superficialmente apuntadas, sino fijadas por lo hondo; no ya efectistas, sino sólidamente justificadas; no ya ilusorias, sino reales... «Vida», «muerte», «resurrección», llamo yo, respectivamente, a esas tres fases; no sin acordarme quizá de aquel dicho famoso miguelangesco que atribuye, una tras otra, tales denominaciones a los aspectos de una obra de escultura, modelada en barro primero, vaciada en yeso en seguida, cincelada en mármol después.

Pues bien; como el del retrato—y como el de la biografía, intermedio entre uno y otro—, el trabajo de la *Historia* conoce su barro, su yeso, su mármol: su «vida», su «muerte», su «resurrección». Fácil es evocar, trazar a grandes rasgos el cuadro—el cartelón—de un determinado período en la vida de la nación, en la vida de la Humanidad. No tan fácil, pero en cambio retrógrado, funesto, letal, el otro trabajo, que, al buscar las precisiones analíticas, marchita la frescura del primer esbozo y falta doblemente al arte y a la ciencia al dejar tan extinto el brío como la fidelidad nublada... Pero ahí concluye la mayoría de los historiadores profesionales. Ahí, sin llegar al paso dichoso en que la *Historia resucita*... No así Prescott, cuya páginas sobre nuestros Reyes Católicos parecen cinceladas en mármol.

La Gaya Ciencia.

—Por todo lo cual el libro de Prescott merece verse incluido, en lugar de honor, en la biblioteca de la que—desamortizado un poco el tradicional concepto—empiezo a llamar *la Gaya Ciencia* estos días. Sobre la cual convendrá entenderse.

gar a Venezuela, entrando por las bocas del Orinoco y remontándolo después, muchos soldados y oficiales ingleses.

Para 1819 estaba ya organizada la Legión Británica. Estos hombres prestaron servicios notables en el ejército patriota, y algunos de ellos, como O'Leary, que llegó a general, merecieron más tarde admiración y gratitud. (O'Leary es el mejor historiador de Bolívar).

La liberación de la Nueva Granada, hoy Colombia, estuvo siempre en el pensamiento y

en la acción del *Libertador*. *Bolívar* resolvió nuevamente ir a libertar lo que aún era virreinato y se propuso atacar a las tropas españolas que estaban en Nueva Granada, cuando menos los esperasen. Para lograrlo, tendría que atravesar los llanos de Venezuela y escalar la cordillera de los Andes que separa a Colombia de las tierras venezolanas y bajar después a buscar a los soldados españoles. Y todo esto tendría que hacerse durante el invierno de aquellas tierras (junio, julio y agosto). Para ese tiempo los ríos se desbordan a causa de las grandes lluvias y los llanos se inundan a tal punto que el agua se pierde en el horizonte semejando un mar. La falta de vado dificulta atravesar los ríos y el peligro crece por todas partes. En la cordillera, el invierno es atroz. Un viento helado llamado *páramo* causa frecuentemente la muerte del viajero. La niebla cubre los precipicios y la tempestades de nieve aumentan las dificultades para viajar. En junio de 1819 salió *Bolívar* del pueblo de Mantecal, en el corazón de los llanos, al frente de sus tropas. Eran las cinco de la tarde; llovía, y las llanuras inundadas presentaban un aspecto imponente. Bien pronto la marcha comenzó a hacerse sumamente difícil. El paisaje estaba lleno de inmensa desolación. Cielo gris y agua gris. Uno que otro árbol sacaba sus ramas fuera del agua. Pasaban los últimos pájaros. Llovía a todas horas y los alimentos principiaban a escasear. Muchos días duró esta marcha penosísima sobre los llanos inundados. Un día se dibujó en el horizonte la línea quebrada de la cordillera con sus picos coronados de nieve. Al acercarse a los Andes muchos llaneros desertaron, huyeron. Acostumbrados al calor, no podían soportar el viento frío que bajaba de los montes: Pero la marcha continuó, y el ejército, alentado por el *Libertador*, principió a subir la cordillera, alta y desierta. A los bosques gigantes de las faldas, siguió la vegetación rala y escasa de las partes altas. El agua es tan fría, que para aquellos hombres acostumbrados a los climas calientes, se hizo insoportable. Esa agua helada produjo diarreas mortales y muchos ingleses perecieron en aquellos caminos elevadísimos y apenas transitables. Pero allí estaba *Bolívar* reanimando al ejército, llenando de fe y entusiasmo a aquellos hombres que apenas comían y cuyos vestidos estaban hechos pedazos. Casi todos los caballos perecieron en aquella marcha espantosa. Era más bien un ejército de esqueletos, que un ejército *Libertador* el que principió a bajar la cordillera por el lado de Colombia a principios de julio. El paso de Los Andes por *Bolívar* y su ejército, es una de las hazañas más grandes y heroicas de la historia humana. La naturaleza se oponía a sus propósitos, pero él había dicho antes que habría de vencerla, y la venció.

El valle de Cerinza ofreció la delicia de su panorama a aquellos hombres que bajaban la cordillera después de haber pasado tantas penas y trabajos en todo el camino. Después de un ligero descanso para reponerse y alimentarse, inició *Bolívar* su campaña, puesto en contacto con el enemigo. Tuvo varios combates durante todo el mes de julio, en los que la fortuna estuvo siempre de su parte. Los españoles se retiraban para evitar que *Bolívar* atacase, a Bogotá, capital del Virreinato de Nueva Granada. Pero el *Libertador*, después de una marcha forzada durante la noche, cerró la salida al enemigo y le obligó a combatir en el puente de Boyacá, el 7 de agosto. La derrota española fué completa. El jefe y los ofi-

ciales cayeron prisioneros. El general Santander se distinguió sobre manera en la preparación de esta campaña y en la batalla misma de Boyacá. *Bolívar* entró a Bogotá el 10 por la tarde, en medio de las aclamaciones de la ciudad. A los pocos días siguió rumbo a Venezuela, y se presentó al Congreso, reunido en la ciudad de Angostura, para dar cuenta de su campaña. El Congreso depositó su confianza una vez más en tan ilustre hombre y *Bolívar* después de haber hablado largamente de su última campaña, pidió la creación de la República de Colombia que había de formarse con el antiguo virreinato de Nueva Granada y la capitania general de Venezuela, unidas.

La nueva Nación, por obra de *Bolívar*, fué creada. Durante el año de 1820 ocurrieron dos hechos importantes. La regularización de la guerra sobre bases relativamente humanitarias es decir, la supresión de la guerra a muerte, el canje de prisioneros, en fin, una guerra menos cruel, menos bárbara y menos odiosa. En la ciudad venezolana de Trujillo, en donde 7 años antes había proclamado el *Libertador* la guerra a muerte, se iniciaron los trabajos de armisticio, suspensión de hostilidades y regularización de la guerra. Por seis meses se suspendió la labor militar. Esta tregua la aprovechó el *Libertador* en comprar armas, en vestir a su ejército y en hacer conocer en Europa por medio de la prensa y de agentes especiales, la situación en que se encontraba el país que él estaba libertando. El representante de *Bolívar* para los arreglos de la tregua fué el general Antonio José de Sucre, oficial distinguido y muy joven que desde la edad de 14 años servía en el ejército *Libertador*. Era prudente y valeroso, de gran talento y corazón reunía en su agradable persona todas las virtudes civiles y militares. Pertenecía a una de las principales familias de Venezuela, la que había perecido casi completamente durante la guerra. *Bolívar* supo apreciar siempre las altas virtudes de Sucre, y un día anunció a sus oficiales de confianza que aquel joven habría de ser su rival en poco tiempo. Y así dijo la verdad, porque cuatro años después Sucre rivalizaba en actos militares y en elevación de espíritu, al mismo *Bolívar*; pero Sucre amaba grandemente al *Libertador* y lo admiraba y respetaba. *Bolívar* tenía los mismos sentimientos hacia Sucre. Después de terminados los arreglos para el armisticio, el generalísimo español don Pablo Morillo, deseó conocer personalmente a aquél contra quien había com-

Llega Bolívar, y la tempestad...

(Viene de la página 280.)

en Ayacucho, ¿para qué? ¿No está ahí la naturaleza que no pierde la memoria de los grandes hechos? ¿no están ahí los huesos de nuestros mayores sirviendo de inscripción indeleble? Los huesos no, pero las cenizas, esas cenizas pesadas, polvo de diamante, que no se van con ningún viento, como las del templo de Juno Lacinia. Desgraciado del hijo de América que ponga los pies en el suelo de Carabobo, Chacabuco y Tucumán y no sepa dónde está. Esos campos se descubren desde lejos: las sombras de Bolívar, San Martín y Belgrano se elevan en ellos superiores a las pirámides de Egipto, y cuarenta siglos antes de llegar, el porvenir las contempla desde el obscuro seno de la nada.

Juan Montalvo

(Siete Tratados. Tomo II.)

batido desde 1816. En el pueblo de Santa Ana, cerca de Trujillo, se entrevistaron ambos jefes. Bolívar salió a las orillas del pueblo a recibir al general español. Lo acompañaban unos cuantos oficiales, y como era costumbre en él, no se distinguía por su modo de vestir, de sus ayudantes. Morillo se presentó con gran aparato y muchos soldados. Al darse cuenta de que *Bolívar* venía casi solo, retiró la mayor parte de su acompañamiento. ¿Cuál de todos aquellos es *Bolívar*?, preguntó Morillo a un oficial venezolano que se había adelantado a recibirlo. El notable jefe español se sorprendió al ver que *Bolívar* era un hombre de estatura pequeña, muy delgado, y en quien no parecía que hubiese capacidad para realizar tantas cosas. Morillo, después de la batalla de Boyacá, perdida por uno de sus tenientes, había escrito al ministro de la guerra de España: «*Bolívar* es un guerrillero incansable, su actividad es asombrosa. Es más peligroso vencido que vencedor y en un solo día deshace todos nuestros trabajos de varios años.» *Bolívar* y Morillo se abrazaron en el pueblo de Santa Ana, y después de pasar el día juntos poseídos de sincera alegría, se despidieron al día siguiente para no volver a verse jamás. La importancia de los tratados firmados en Trujillo por los representantes que Morillo y *Bolívar* y refrendados más tarde por ambos jefes, era inmensa y constituía un gran triunfo político para el *Libertador*: El jefe español al tratar de igual a igual con *Bolívar*, le concedía así una autoridad idéntica a la suya, y reconoció de hecho el derecho que tenía para luchar por la independencia de su país. El general Morillo se embarcó pronto para España y dejó al general La Torre encargado del mando supremo. Los seis meses de tregua terminaron y la guerra recomenzó. El 24 de junio del año siguiente (1821), en la llanura de Carabobo, midieron sus fuerzas *Bolívar* y La Torre. El general Páez y sus terribles caballerías, decidieron en gran parte la victoria. *Bolívar* dirigió personalmente la acción, y el ejército español, derrotado, se retiró en orden hacia Puerto Cabello. En Boyacá, se había conseguido para siempre la libertad de Nueva Granada; en Carabobo, para siempre también se había conseguido la libertad de Venezuela. Habiendo desaparecido así todo problema militar en Venezuela y Colombia, el *Libertador* comenzó a preparar la guerra en el sur. Así, el delirio de Casacoima habrá de cumplirse en todos sus detalles y aun habrá de superarse. Pasó *Bolívar* a Bogotá y entre las cosas más importantes que se le ocurrieron entonces, está la que se refiere al Istmo de Panamá. Pensó el *Libertador* abrir un canal interoceánico, para acortar la distancia entre América, Europa y Asia, aumentando así colosalmente el comercio entre estos continentes y beneficiando sobre manera a los nuevos pueblos de nuestra América. Escribió a su comisionado en Londres para que gestionara el dinero suficiente a fin de iniciar la apertura del canal. Los trabajos llegaron a comenzarse; pero bien pronto presentó quiebra la negociación inglesa que iba a dar el dinero y además la urgencia de la guerra en el Sur no permitió al *Libertador* llevar a cabo tan importante hecho. El año de 1822 avanzaba *Bolívar* sobre lo que hoy se nombra República de Quito. Había enviado con anterioridad al general Sucre con una parte del ejército. El 6 de abril de 1822, en un lugar escarpado en el que la naturaleza parece recrearse con peligros y dificultades, *Bolívar* atacó las posiciones españolas, haciendo cruzar a sus soldados bajo el

fuego de las armas enemigas, el ruidoso Río Juanambú. La batalla fué una de las más sangrientas. Ambos contendientes se debilitaron grandemente. La victoria fué de Bolívar, pero le costó muy cara, pues allí perecieron, además de muchos soldados, oficiales muy valerosos. Fué la batalla de Bomboná. Mes y medio después, el 24 de mayo, el general Sucre hacía pedazos al ejército español mandado por el general Aymerich. Esta batalla fué un hecho extraordinario. Se combatió a más de 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar, en las elevaciones intermedias del volcán de Pichincha, a la vista de la ciudad de Quito. Sucre recogió un botín espléndido. El jefe español se entregó prisionero al vencedor, que supo respetarlo, y Sucre entró a Quito triunfante, bendecido y aclamado. Toda esta campaña libertadora del Ecuador se hizo entre los volcanes, en medio de una naturaleza fantás-

tica, inexplorada y agresiva. Bolívar ascendió al Chimborazo preguntando hasta qué altura habían llegado Humboldt y Bompland, para subir así él hasta donde nadie hubiese llegado. Y esto así pasó, pues el Libertador puso sus plantas donde nadie las había llegado a poner hasta entonces. Era incansable y, sin vanidad, no permitió nunca que nadie lo superase en nada. Páez y sus llaneros reconocieron en él a un jinete diestrisimo. Porque aquel hombre todo lo sabía: desde herrar un caballo y curar heridos, hasta improvisar los mejores discursos en las más diversas circunstancias.

Después de haber estado el Libertador en Quito, siguió para el puerto de Guayaquil que quedó anexado a la gran República de Colombia. Allí tuvo una importante entrevista con el general don José de San Martín.

(Seguirá en la próxima entrega).

Virgilio

=Traducción y envío de JOSÉ FABIO GARNIER=

En el rumor de la pequeña fuente escuché el nombre misterioso de Lucía. Lucía es "blancura de luz", Lucía es "Gracia". Es ella la dulce madre que toma en brazos al alma, le hace beber el néctar sin por ello exigir recompensa, doliéndose de que no haya quien lo desee. Preguntemos a la fuente, que tantos íntimos secretos de la mente dantesca conoce, si sabe cuál es el nombre del dulcísimo padre; y si éste es aquel que ya repetían todos los labios como el de la dulce madre. Y la fuente susurra a mis oídos aquel nombre de misterio. Y aquel nombre no lo habían repetido aún las gentes porque sólo se escuchaba en el rumor silencioso de la fuente ignorada. Aquel nombre significa: *Estudio*.

Dice la fuente humilde y grande, "en aquellos que arden en el profundo amor hacia la translúcida verdad, no hay que criticar el estudio pero preciso es evocarlo con orden de manera que se inicie con la fe y con la bondad de las costumbres y se esfuerce por llegar a donde aspira". Virgilio se presenta a Dante cuando éste ya descendía hacia mezquinas regiones. Se encuentra frente a la loba que simboliza y reúne en sí todas las maliciosas tendencias. Y Virgilio no cree que Dante logre vencer esa malicia y ascender hacia la cumbre. A lo más alto llegaría Dante por medio del ejercicio de las cuatro virtudes que juntas forman la virtud moral: con la bondad en las costumbres. Pero aquellas y ésta no bastan. La bestia cruel lo haría morir. En consecuencia, le insinúa otro viaje. Este viaje es siempre una lucha contra la misma bestia que reúne en sí las otras dos, contra el tricéfalo Lucifer, del cual salen vencedores, Dante y Virgilio, poniendo la frente en donde él tiene las piernas; o contra las tres fieras, contra la pantera alegre en sí y triste en sus efectos, contra el león violento, que es ira animal y contra la loba insaciable que es envidia infernal e infernal soberbia; o contra las tres Furias que simbolizan esa ira, esa envidia, esa soberbia y que tienen a su servicio una Gorgona que produce la desesperación de la cual nadie podrá salvarse jamás; y es una batalla que se libra con armas iguales a las que en la otra se usan: con la templanza y con la fortaleza, con la justicia y con la prudencia o sea, con las virtudes cardinales, *bonis moribus*. Pero la lucha no se efectúa en la playa desierta. Dante con su guía se ha abismado, ha muerto. Y cuando surge de nuevo, siempre con su guía, asciende y asciende, siempre purificando, con aquellas armas, toda huella del mal; y así, *bonis moribus*, llega allá a donde aspira llegar. Quien lo guía y lo forta-

lece y lo sostiene y del brazo lo lleva y, en suma, lo acompaña, es el estudio, aunque en una ocasión al cantor se sustituye el héroe, y en otra, al dulce padre, la dulce madre.

Virgilio es pues el estudio que "con la bondad de las costumbres se esfuerza por llegar a donde aspira." Y "comienza con la fe". Dante, de él duda. Ante el inminente peligro de la loba, a él se entrega. Conoce su virtud. Lo conoce, lo ama. Para huir de aquel daño consiente en seguirlo. Camina Virgilio, y Dante lo sigue. Pero cae la tarde. En el silencio de las cosas, el nuevo peregrino se abandona. Y aquella sombra, para obtener que el hombre se libre del terror, le dice que fue enviada por Beatriz. No basta: afirma que a Beatriz la indujo Lucía. No basta: le dice que Lucía fue enviada por María cuyo nombre no pronuncia, como no pronuncia el del Poderoso hijo de aquella Virgen. Cuando sabe que Virgilio llega de parte de tres benditas mujeres de la corte celestial, entonces, sólo entonces, Dante siente de nuevo, en el corazón, la valentía, y le dice: Tú, conductor, tú, dueño; tú, maestro! Es éste verdadero estudio *non improbandum*, puesto que en la fe se inicia. Tampoco eso basta. Para circunscribirnos a lo esencial, recuerde el lector que cuando la sombra y el hombre están en el limbo, entre los espíritus magnos, en medio de las escuelas poéticas y filosóficas de la antigüedad pagana o no creyente, allí, en donde el estudio, para un alma pía, es más peligroso, el hombre cristiano le dice a la sombra pagana:

Decidme, maestro mío, decidme, señor.
(Infierno III, 46)

Y son las palabras de antes, repetidas con intención. El cristiano interroga al pagano acerca de Cristo Redentor. ¿Por qué?

Para estar seguro de aquella fe que vence todo error

El estudio, aún hecho en filósofos y poetas paganos, siempre necesita auxilio de la fe.

Porque el estudio, para un hombre del tiempo de Dante, se comprende que era el de los escritores latinos. Boecio y Tulio son los autores que Dante lee en su honda melancolía y tanto en ellos se abisma cuanto "el arte de la gramática que poseía y un poco de ingenio le permitían" (*Convivio* II, 13). Ahora bien, si existía un autor que pudiese simbolizar tal estudio, ese era Virgilio. Ya en la época de Quintiliano y aún antes, "Virgilio era el primer libro latino que acariciaban las inocentes miradas de los niños después de haber aprendido a leer y a escribir, y desde entonces servía

tanto para la instrucción primaria como para la enseñanza superior" y así continuó sirviendo durante mucho tiempo; y en las oscuras épocas de la edad media "en las que reinó la gramática, dominó, también, Virgilio, compañero inseparable y autoridad suprema en ella. Virgilio y la gramática, en la Edad Media, se puede decir que dejan de ser dos seres distintos para llegar a convertirse en sinónimos." Y eso, más que para nadie, lo significaba todo para Dante quien, en la *Vida Nueva*, cuando por su talento "muchas cosas, casi como soñando, veía" (*Convivio* II, 13), antes que a cualquier otro poeta, citaba con deleite a Virgilio para demostrar que los bardos deben hablar "no sin motivo alguno, sino con razón, la cual pueda también explicarse en prosa" (*Vida Nueva*, XI, 25). Agréguese a esto que Virgilio cantó la justicia de Eneas; que vivió en tiempos de Augusto, cuando "existiendo perfecta monarquía, el mundo en todos sus sectores se mantuvo tranquilo" (*De Monarquía*, I, 18); que llevaba dentro de sí una tan poderosa lámpara que a todos iluminaba, siendo, casi, un profeta inconsciente de Jesús (*Purgatorio*, XX, 72); que además de haber cantado el descenso de Eneas a los infiernos y por ese hecho ser como el evangelista del héroe de la vida activa, había adquirido, en aquellas épocas, fama de mago.

Pero el concepto fundamental de Virgilio es el "estudio", el estudio que en la gramática se iniciaba. Dante dice que de él aprendió el bello estilo. De él obtuvo Dante el arte del buen decir, con él siguió la vía del más allá. Por eso, al mismo Virgilio, le dice Estacio: "Antes me enviaste al Parnaso a beber en sus grutas y luego hacia Dios me dirigiste. Como el que de noche camina, fuiste..." (*Purgatorio* XXII, 64). Así podía decirle y en parte le dice Dante: De ti obtuve el bello estilo; y luego me condujiste por los dos reinos del delito y de la falta. Y no lo condujo solamente como imaginado guía; en verdad, le dió imágenes e ideas y matices, desde el reino de los niños en el vestíbulo hasta los Eliseos de la selva viva. Por lo que, con mucha razón, exclama al verlo: "Auxíliame el largo estudio y el grande amor!" (*Infierno* I, 83) pronunciando, con sabiduría de la que nadie se ha dado cuenta, las palabras que expresan la esencia mística de aquella sombra augusta: estudio y amor. Si Dante dudó al traducir las palabras de San Agustín, *non est improbandum studium*, también nosotros hemos de dudar si traducir en "estudio" o en "amor". Mucho se parecen estudio y amor. Dante lo sabía. "Por amor entiendo el estudio al cual me entregaba para obtener el amor de esta mujer... Hay un estudio que lleva al hombre hacia el arte y hacia la ciencia; existe otro estudio que la costumbre adquirida utiliza; y el primero es el que llamo aquí *Amor*..." (*Convivio* III, 12) Eso lo afirma a propósito de aquel su dulcísimo verso inicial, "Amor que en la mente, razona", el cual surge de nuevo al pie del monte en los labios de Casella.

El Maestro parece dominado por el remordimiento a causa de la pequeña falta cometida al detenerse. ¿Por qué se detuvo? ¿Por qué permaneció tan silencioso y atento? En aquella canción, de él se hablaba! El dulcísimo padre (gracias sean dadas a la fuente escondida que nos lo reveló) se llama, si se quiere, estudio; pero se llama también, si se desea, amor. Y hablaba, en verdad, Virgilio de la doncella de Dante, en la mente suya, desde el momento en el que, invocando su nombre lo indujo a emprender el viaje hasta el instante en el que, invocando su nombre, lo hizo atravesar las llamas.

Giovanni Páscoli

Pág. 457 a 462 de *Sotto il velame*, tercera edición. Nicola Zanichelli, editor. Bologna, Italia.

Virgilio y la poesía nueva

=Envío del autor=

Virgilio y la elegía.—En la obra de Virgilio no es posible determinar orientaciones exclusivas. Predominará, eso sí, en las **Bubónicas** el acento pastoril, el carácter didáctico en las **Geórgicas** y el épico en la **Eneida**, pero en ella pueden apreciarse, en consorcio que contribuye al interés de la relectura por el gozo del descubrimiento, casi todos los géneros literarios conocidos en el tiempo de Virgilio y que se tratan de definir en el *Arte Poético* de su amigo Horacio. No sería difícil por lo mismo, escogiendo el campo prototípico de la **Eneida** que allí encontremos el capítulo de la novela, los relieves de la alegoría, las imágenes del simbolismo, la intención de la fábula, la huella sensible de la elegía.

Esa fisonomía múltiple de las obras de Virgilio es prueba de que los géneros literarios se compenetran y se suceden y el agrado con que fuimos anotando, en varios de los fragmentos de su *Opera Omnia* un remotísimo antecedente de la sensibilidad moderna, coincide con nuestro pensamiento de la universalidad de la belleza, del curso circular de las inquietudes artísticas, del punto coincidente del clasicismo y del arte contemporáneo.

Fragmentos elegíacos hay en las obras de Virgilio, anticipación exacta de las actuales expresiones de la lira delicada y luctuosa.

La elegía moderna, como resumen y esencia de la tristeza universal, quiso diluir su llanto ingravido en la extensa y difundida alma de las cosas. No se concretó, como el treno jeremiaco a ensayar su lamento sobre las ruinas de las grandes ciudades, ni buscó, como en los suspiros élegos que hallamos en los cantos homéricos, esa viril lágrima que humedece la faz de un compañero caído en el campo de batalla, ni escogió, como en el grito de la tragedia, el semblante de sublime descompostura, casi máscara de la demencia.

En Virgilio hay la firme aparición de todas esas formas de elegía, y de otras nuevas y en antes desapercibidas que quieren extender la piedad de su alma ciertamente religiosa hacia el mundo de los seres instintivos. También nos recuerda, con hondo lamento, la voz de los trenos, al advertirnos que murieron hasta las mismas ruinas. Canta la elegía del fuego en el incendio de Troya, vístese de contorno para dejar la pictórica impresión de la desgraciada muerte de Dido, resucita la varonil lágrima de los épicos en el llanto de Evandro sobre el cadáver de Palante, enlaza la visión de la muerte con el poder incontrastable del fatum cuando describe la mística agonía de Laoconte rodeado de las sierpes.

En el libro VII de la **Eneida** alborea una elegía de suave llanto pastoril. La cervatilla de Silvia, a quien amaba la humilde labradora, cae atravesada por un proyectil de caza, luego de huir del regazo de la campesina, en traviesa incursión. Silvia se conmueve con dolor primitivo e ingenuo y sus lágrimas se mezclan con el reguero escarlata de la sierva herida.

Elegía de más profundas voces es la que se deja escuchar en las **Geórgicas**, cuando describe la epidemia del ganado y allí se destaca, como relieve doloroso, casi de



escultura sensible, la muerte del toro que abandona la reja hincada en medio del trabajo, desmaya la pesada cerviz y parece despedirse con las pupilas murientes de "La sombra de los altos bosques", de "los prados de vestida grama" y "del río que entres peñas salta al valle" y se "derrama puro como el ámbar".

En el segundo libro de la **Eneida** y cuando Eneas relata a Dido el incendio de Troya, en el episodio de la entrega de los penates por Héctor, dice Virgilio que las murallas de la ciudad ardiente se comueven "con diverso llanto", y en estrofas posteriores, al penetrar Andrómaca a los interiores de la morada de Príamo, parece que las "bóvedas resuenan con femenino lamento".

Aquí la elegía universal comienza a unirse con las imágenes del más puro simbolismo.

El simbolismo.—Sunt lacrimae rerum... Del lamento de las cosas. En esta frase virgiliana que se ha considerado como intraducible, se contiene el alma profunda y vasta del simbolismo. También las cosas lloran a su modo, también las cosas tienen sensibilidad como nos lo dijera Rubén, pensando en la vida del árbol que es apenas sensitivo.

Atribuir sentidos humanos a las cosas, reconocer en ellas cierta vaga conciencia que responde al llamamiento de nuestros estados de ánimo, relacionar con nuestros recuerdos la vida del paisaje, localizar el otoño en la sequía de las fuentes, advertir que la primavera llega vestida con el multicolor manto de la floresta, esos fueron, entre otros, los caracteres del simbolismo adoptado con tanto vigor por la poesía francesa, hasta el punto que se pudo creer en que las figuras del símbolo, tan perfectas como aparecían en los poetas de Lutecia, fueron originadas de la cuna que meció al cantor de **Cordura**.

La gracia perfecta de los griegos y de los latinos se había superado ya en el arte de lo humano. No había más que pedir a las letras que nos daban, como en la gloria escultórica, la modelada efigie, y como en el arte pictórico, la vitalidad que se fija en sus armoniosos contornos y esplende en sus lucēs. Empeño de la forma para completar la impresión del examen clásico que dejaba determinadas las fronte-

ras de los géneros literarios, aplicando exclusiva música de poesía o singular entonación de frase y de período, a cada una de las emociones humanas, a cada uno de los caracteres y de los semblantes, a la fantasía y a la realidad, al drama y a la novela.

Se habían visto los hombres en el espejo roqueño de la Hélade eternal y en el pulido de la cultura latina, y conociéndose a través de los tipos universales, volvieron los ojos al mundo de la vitalidad más lenta y humilde. La imagen antigua habíase entonces hecho más profunda y en el cuerpo del símbolo los términos comparativos de la metáfora estaban compenetrados.

Virgilio anticipó, con adivinaciones geniales, el espíritu de la poesía simbolista. Eneas, al recordar el incendio de Troya piensa que muchas veces habrá sudado sangre la ribera dárdana, y en otro pasaje de su poema romano escribe una elegía simbolista, con alguna reminiscencia de las transmigraciones orientales al representar a Polidoro convertido en las ramas de un mirto y simbolista es, a su modo, cuando expresa que las almas predestinadas luego de tomar descanso en los Campos Eliseos y de animar a nuevos seres en peregrinaciones recomenzadas, son reabsorbidas por el alma universal del mundo, por el alma de las cosas...

La poesía nueva.—No es extraño el título de ultra precursor que uno de sus comentaristas ha dado a Virgilio, si reparamos en las relaciones que es posible encontrar entre algunos aspectos de la poesía virgiliana y del verso actual, del que se llama de vanguardia, aun cuando el término comience a envejecer.

La poesía actual se distingue por sus objetivaciones, por su laconismo, por aquella serie de metáforas interpenetradas y coexistentes, que hallarían equivalencia en la sorites de la Lógica.

Pocos poetas clásicos tan hábiles como Virgilio para la objetivación. Muchísimos de sus poemas, por la corrección y exactitud de las líneas descriptivas, por el acierto de las figuras, por el ambiente y el detalle, son verdaderos milagros de lo que puede el pensamiento literario para ofrecernos imágenes tangibles, seres casi vivientes.

Los fervorosos virgilistas aseguran que ninguno como el cantor de las **Geórgicas** para la sobriedad expresiva y el lujo del epíteto al que no se le pudiera buscar sustitutivo. De aquí la dificultad, casi insuperable, de las traducciones; el ajustado vigor, como para la eternidad, del tropo virgiliano.

En las nuevas corrientes poéticas tiende a reaparecer la poesía didascálica. Los inventos que sorprenden a los hombres de hoy, son a veces celebrados en el poema sintético y de trabajada imagen. Símbolos del siglo, los oficios de avanzada de los ciudadanos modernos, se recuerdan y se encarecen en el verso nuevo, aún relacionándolos con las imágenes antiguas y así se dice, por ejemplo, que los ángeles radio escuchas anuncian la madrugada.

Pero, y aquí la frase conceptuosa de Ortega y Gasset, el espejo de la belleza

se ha roto en mil pedazos, esa poesía actual es fragmentaria, quebrada, de partículas.

La didáctica clásica, evocaremos otra vez las *Geórgicas* de Virgilio, tendió decisivamente a la cualidad de completar las ideas y de fijar los preceptos aun si llega a las definiciones, carácter que diferenciaba a la poesía sabia de la prosa científica.

Píndaro en Grecia, Virgilio en la cuna de la latinidad, fueron los poetas vanguardistas de su época. El primero al cantar los florecientes juegos olímpicos y Virgilio al componer la dinámica oda del Hipódromo, al describir de graciosa manera la vida polar, al ofrecernos los declinados matices del huerto que cultivaba el vegetariano Coricio.

Augusto Arias

Quito, Ecuador.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Expulsado

=Traducido de THE NEW REPUBLIC, de Nueva York, para Repertorio Americano, por Carmen Lyra=

Con frecuencia los maestros escriben cosas brillantes de sus discípulos, pero muy pocas veces, alumnos de una escuela preparatoria, están capacitados para devolver el cumplimento. John Cheever es una excepción. En la primavera pasada fué expulsado de una academia en Massachusetts, al finalizar el III Año. En los apuntes siguientes, escritos a los diecisiete años, reproduce la atmósfera de una institución en donde sirven los conocimientos secos, en queques, como pemmican.⁽¹⁾

Los editores

Esto no ocurrió de un momento a otro. Necesité bastante tiempo. Primero fué una escaramuza con el departamento de inglés y luego con todos los otros departamentos. Enseguida no más se vieron los efectos. Las primeras señales fueron amabilidades por parte del director. Él no era nunca amable con nadie, a menos que se tratara de una estrella de *foot-ball* o de alguien que no hubiese pagado sus cuentas, o fuera a ser expulsado. Así fué como me di cuenta de lo que pasaba. Me llamó a su oficina con sillas talladas colocadas en semicírculo y cortinas de brocado sobre el vacío de las ventanas. Todo en torno suyo se volvía retratos de personas que habían conseguido una beca en Harvard. Me pidió que me sentara.

—Bien, Carlos—dijo—algunos maestros dicen que Ud. no obtiene buenas notas.

—Sí—contesté—es verdad.—No me importaban las buenas notas.

—Pero Carlos—dijo—Ud. sabe que el promedio para pasar, de esta escuela, es muy alto, y que tenemos que hacer a un lado aquellos cuyo trabajo no es satisfactorio.

Le respondí que también sabía eso. Luego habló de una cantidad de cosas acerca de las tradiciones y de los olmos y de la magnífica herencia de vida militar dejada por nuestro fundador, graduado en West Point.

Afuera, todo era bello. Tenía las ventanas medio abiertas, y se podían ver tras los árboles y setos, los cuadros de hierbas en descenso hacia el camino. Las cortinas, color salsa, eran muy pesadas para moverse con el viento, pero algunos papeles revolotearon en torno del escritorio. Un momento después me

levanté y salí. El dió vuelta y se puso otra vez a trabajar. Yo volví a mi siguiente clase.

El otro día fué brillante y las ramas llenas de flores de los melocotoneros se destacaban sobre el cielo seco. Oía conversación de gentes y la música de un fonógrafo. Los sonidos venían a través de las flores de los melocotoneros y cruzaban el cuarto. Estaba ac stado y pensé en multitud de cosas. Había soñado mucho. Recordaba dos colinas convergentes, algunos manzanos secos y una huevera azul, quebrada. Era todo lo que podía recordar.

Me puse los pantalones y una *sweater* ligera y me dirigí a la escuela. Se me caía todo de las manos y el cuerpo me temblaba.

A través de los árboles que parecían envueltos en nubes, podía ver el empuje de la nueva torre. Iba a ser una hermosa torre nueva, e iba a costar una barbaridad de dinero. Algunos habían pensado en comprar nuevos libros para la biblioteca, en lugar de ponerle una torre, pero nadie se empeñó en lo de los libros. La torre se vería a cinco millas de distancia, cuando los árboles estuvieran sin hojas. Para el otoño estaría terminada.

Cuando penetré en el edificio, la secretaria de la dirección estaba en el corredor. Era una especie de buena persona con rizos que parecían embudos de cabello oscuro en surcos sobre una redonda cabeza. Sonrió. Ahora supongo que ella sabía.

El coronel.—Cada mañana íbamos a la oscura capilla. El activo director estaba allí. Algunas veces llevaba consigo a algún miembro de la facultad. Otras, a un extraño. Presentaba al extraño cuyo discurso era siempre el mismo. En la primavera la vida es como una partida de *base-ball*. En el otoño como una de *foot-ball*. Esto era lo que decía siempre el orador.

El salón es húmedo y feo con claraboyas que repiquetean con la lluvia. Los asientos son duros y hay que sostener un libro de himnos en el regazo. A menudo el libro de himnos se resbala y es incómodo. El 30 de mayo⁽¹⁾ consiguen el mejor orador. Traen

(1) El 30 de mayo se honra en los Estados Unidos la memoria de los soldados muertos en la guerra.

un alcalde o un gobernador. En ocasiones traen al que sigue en jerarquía al gobernador. Eso no hace diferencia.

El gobernador hablará de lo magnífico que es el país que tenemos. Nos recomendará poner atención a la amenaza Roja. Le gustaría decirnos que esos condenados extranjeros, deberían haberse ido a su país hace un infierno de años. Que deberían haberse quedado en sus condenados países si no les gusta el nuestro. Pero no se atreverá a decir lo que piensa.

Si se ha conseguido un alcalde, el discurso será más largo. Nos dirá que nuestro país es hermoso y joven y fuerte. Que la Guerra ha terminado, pero que si hay otra guerra, debemos pelear. Nos dirá que la guerra es un rasgo masculino que ha conducido la civilización a este estado admirable... Luego se irá a ayudar a mujeres gordiflonas a colocar flores de lila en las tumbas. Y les dirá las mismas cosas.

Un 30 de mayo no fué posible conseguir un gobernador ni un alcalde. Había un coronel en el pueblo que había estado en la guerra y que tenía el pecho tupido de medallas. Se le pidió que hablara. Y por supuesto, dijo que le gustaría hablar.

Era un coronel delgado, con una nariz suave que permanecía tranquila en su sitio. Estaba nervioso y daba vueltas a su anillo de matrimonio en su dedo fino. Cuando lo presentaron, miró al auditorio sentado en las sillas incómodas. Hubo silencio y caer de libros de himnos como los chorros de agua en los canales, después de un aguacero.

Habló suave y con rapidez. Habló de la guerra y de lo que había visto. Luego tuvo que detenerse. Se detuvo y contempló a los muchachos que se estaban viendo las botas. El pensó en las salas vacías de los otros edificios. En los rectángulos de pupitres desocupados. Pensó en los cortinajes del escenario y en las cuatro sillas de Windsor detrás de él. Luego comenzó de nuevo a hablar. Habló lo más ligero que pudo. Dijo que la guerra es mala. Dijo que no debería haber nunca otra guerra. Que él mismo lo impediría si le era posible.

Echó malas palabras. Contempló los rostros jóvenes. Todos eran muy limpios. Tenían las rodillas cruzadas y los pantalones de tela suave les quedaban holgados. Se puso a imaginar pupitres vacíos y comenzó a sollozar.

Los presentes se quedaron muy quietos. Se sentía tirantez y deseos de romper en risa nerviosa. Todos estaban serios cuando sonó la campana. Era hora de ir a otra clase.

Después del *lunch*, se habló del coronel. Miraban hacia atrás. Temían que él pudiera oír.

Antes de olvidar todo esto, se pasaron varias semanas. Nadie dijo nada, pero nunca volvieron a pedir al coronel que viniera a hablar. Si no se podía conseguir un gobernador o un alcalde, no era difícil encontrar a alguien que no fuera un coronel. De eso se encargaban ellos.

Margarita Courtwright.—Era muy simpática. Ligeramente calva, se traía el pelo liso hacia abajo, sobre la frente. Decían que era el mejor maestro de inglés en esta parte del país, y cuando los muchachos regresaban de Harvard, le daban las gracias por la preparación que les había dado. No gustaba de Edgard Guest, pero gustaba de Carl Sandburg. Parecía no ver la semejanza. Cuando

(1) Carne seca prensada.

le conté que se reían de Galsworthy, dijo que también se reían de Wordsworth. No creía que todavía siguieran riéndose de Wordsworth. Eso era lo que la hacía tan simpática. Vino del oeste hace mucho. Había enseñado en la escuela durante tanto tiempo, que se dejó de pensar en su edad. Después de haber visto veintisiete representaciones de *Hamlet*, y después de haberlo tratado durante dieciséis años, llegó a ser una especie de inmortal. Su interpretación era la que se aceptaba en los exámenes universitarios. Eso ayudaba mucho a todos. Nadie tenía que pensar en una nueva interpretación.

Cuando me invitó a tomar el té, me senté en un sillón de nogal, con uvas esculpidas en lo alto del respaldo y yo pasaba y repasaba con el dedo las líneas del mueble.

Le leí una de mis piezas de teatro. Le pareció maravillosa. Le pareció maravillosa porque no la entendía y porque se gastaron dos horas en leerla. Cuando terminé, dijo:—Sabe, esto me ha cogido... Realmente me ha interesado mucho. Pienso que es muy bueno que Ud. escriba. Una vez tuve un alumno japonés a quien le gustaba escribir. Fué un muchacho encantador hasta el verano que estuvo en Provincetown. Cuando regresó decía que podía expresar una abstracción completa. Imagínese... una abstracción completa. Bueno, yo no quería oír hablar de eso y le dije cuan absurdo me parecía y traté de volver a comenzar con Galsworthy, pero creo que ya había ido demasiado lejos. Poco después partió a Nueva York y luego a París. Fué una lástima! Un verano en Provincetown lo arruinó. Sus notas bajaron... abandonó las clases por irse a los conciertos.

Pasó a la cocina y trajo un platón de pastelillos. Los pastelillos estaban sabrosos, cubiertos con una capa blanca que los hacía brillar a la luz mortecina del sol. Yo miraba el dulce rojo que llenaba hasta reventar la pasta fina y manchaba los triángulos de brillante damasco. Los pastelillos estaban buenos. Me los comí casi todos.

Ella temía que yo pudiera seguir el camino de su discípulo el japonés. Dudaba de quien no estuviera de acuerdo con Heine sobre Shakespeare y con Groce sobre expresión.

Un día me llamó a su antiséptica oficina y me habló de Joyce.

—Ud. sabe, Carlos—dijo—esta realidad sexual puede ser tan absurda como una crítica exagerada de tales asuntos. Ud. lo sabe, ¿no es cierto? Claro que sí. Luego salió del cuarto. Tenía derechos los tobillos y usaba una banda de oro sembrada de chispitas de diamantes en el dedo anular. Llevaba una falda torcida larga adelante y jalada hacia arriba de un lado. Siempre una cosa u otra. Cuando dejó la escuela, no le gustó. Temía que yo pudiera ir muy cerca de Provincetown. Me deseó buena suerte y acercó y retiró el secante en su escritorio. Luego volvió a sus comentarios sobre *Hamlet*.

A fines de febrero, echaron a Laura Driscoll por que dijo a sus alumnos de historia que Sacco y Vanzetti eran inocentes. En la asamblea de despedida, el director nos contó que le dolía mucho que ella se fuera, y casi nos convenció. Entonces Laura se levantó y dijo al director que él no era más que un infeliz mentiroso, y sacudiendo sus dedos abiertos en abanico trató la escuela de maldito charco en donde todo se estanca.

La señorita Courtwright se aseguró en su silla y sabía que eso era verdad. No le im-

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

portaba gran cosa. El profesor Rogers la molestaba también un poco con su movimiento antifeminista. Pero sabía que ella había enseñado en la escuela por mucho tiempo y que ningún movimiento le iba a quitar el hueso de la noche a la mañana, con todos los muchachos que había pasado de contrabando a Harvard y los dieciséis años de *Hamlet*.

Laura Driscoll.—Las clases de historia son siempre muertas. Esto es una consecuencia lógica, porque la historia es materia muerta. No se trata de un fruto muerto, de un trapo muerto o de luz muerta. Su muerte es diferente. La propiedad de no contar con el tiempo que tiene la muerte, no reza con ella. Está muerta como el decorado en una ópera: lienzos agrietados, pintura desteñida y escarapelada y luces muy brillantes. Está muerta como agua estancada en una bañera de zinc.

—Vamos a estudiar historia antigua este año—dice el maestro a los alumnos.

—Sí, la historia antigua será nuestro campo.

—Por supuesto que esta no es ya una clase de niños. Espero que la disciplina será la disciplina de jóvenes bien educados. No gastaremos el tiempo en reprender como si se tratara de chiquillos. No. Ya estamos capacitados para emplear todo nuestro tiempo en historia antigua.

—Ahora, en cuanto a preguntas. Yo contestaré las que sean importantes. Si no las considero importantes, no las contestaré, porque el año es corto, y debemos llenar un campo vasto en corto tiempo. Así pues, si todos cooperamos y nos sabemos portar y no se hacen muchas preguntas, se llenará el programa y tendremos suficiente tiempo al fin del año para el repaso.

Tal vez les pueda interesar el hecho de que un alto porcentaje de alumnos fué aprobado en esta clase el año pasado. Me gustaría que el número fuera mayor este año. Piensen, muchachos: ¿no sería espléndido si un número mayor, un número más grande que el del año pasado fuese aprobado? ¿No sería admirable? Bien, no hay razón por qué no podamos hacerlo, si todos cooperamos y nos portamos bien y no se hacen muchas preguntas.

—No olviden que yo tengo doce personas por quienes preocuparme, y Uds. tienen solamente una. Si cada uno tiene cuidado con su trabajo y pasa a tiempo los apuntes, se me ahorrarán molestias. El tiempo y el trabajo dirán si Uds. pueden entrar o no a la Universidad y yo quiero que todos ustedes vayan a la Universidad.

Si se interesan en sus pequeñas obligaciones, si hacen lo que les toca y lo hacen bien, saldremos bien. Uds. forman un grupo joven de brillante apariencia y yo quiero que todos sean aprobados. Quiero que vayan a la universidad con las menores dificultades posibles.

—Ahora, en lo que toca a los libros de texto...

Ignoro cuanto tiempo las clases de historia han sido así. Supongo que alguna vez la historia fué algo vivo. Eso fué antes de que muriera llena de moscas y sin lucha.

Todos parecen darse cuenta de que la historia es algo muerto. Nadie se alarma. Maestros y alumnos aman la historia muerta. No les gusta cuando es viva. Cuando Laura Driscoll trajo la historia con fuerza a la clase, historia convulsa y amarga, echaron a Laura Driscoll, y estrangularon la historia.

Era demasiado tumultuosa. Demasiado turbulenta.

En historia, la inteligencia se usa para la especulación mecánica sobre un siglo o fondo probables. La memoria se emplea para listas de hechos muertos y de nombres. Cuando se comienza a aplicar la inteligencia al campo mental de la época, al desarrollo emocional de sus habitantes, resulta peligroso. Laura Driscoll era terriblemente peligrosa. Por eso Laura Driscoll no se consideró nunca como una buena maestra de historia.

No fué mi primer maestro de historia. No será tampoco el último. Pero ha sido el único maestro de historia capaz de hacerla sentir con una vibrante emoción, o si se trataba de una persona de escasa inteligencia, con una sensación de poesía.

Tenía cinco pies cuatro pulgadas de alto, cabello oscuro y piernas torcidas de montar a caballo. Todos pensaban que Laura Driscoll era una gran cosa. Ha sido el único maestro que he visto quedarse transportado. De pie, junto al pizarrón, nos gritaba sus descubrimientos en la Cultura Egipcia. Nos hacía ver el sentido de los hervideros de las gárgolas de Chartres en la lluvia. Enseñaba la historia como una interminable corriente de acontecimientos contemplados a través de las tergiversaciones del ambiente inmediato. Enseñaba la historia en los amplios ritmos del drama de Hauptmann, en la melancolía extática de Egipto ante su sombra en la arena interminable, en la simetría de la cultura dórica. Enseñaba la historia como una hipótesis de la cual podemos extractar el valor de nuestra propia vida.

Era el único maestro que comprendía que, por el hecho de venir del Oeste, no tenía que ver con la educación de niños de New England.

—No sé como reaccionan Uds. con el mar,—decía.—Porque yo he venido de una tierra lejos del mar. Mis elementos son los campos, el sol, la cadencia plástica de las nubes y el cielo sin nubes. Uds. han sido criados junto al mar, han sido educados por la cadencia de las rompientes y la fuerza del viento.

—Mis puntos de vista emocionales tienen que diferir de los de Uds. No dejen imponerse mis percepciones.

Pero al consejo de la escuela no le importaba que se conociera a Chartres más que por sus fechas. A ellos les tenía sin cuidado que se contemplara la historia desde la montaña o desde el mar. Laura empleaba mucho tiempo en estas trivialidades y no todos sus discípulos lograban entrar en Harvard. La verdad es que muy pocos de sus discípulos entraban en Harvard y esto no hablaba en favor suyo.

Mientras los otros miembros del Consejo charlaban del estilo Hepplewhite y de las linduras de Duncan Phyfe, Laura estaba ante Siva el de las cinco manos o la compasión sin sexo en la gloria de su policromía des-

teñida. Laura no creía que los Estados Unidos fuesen una gran cosa. Laura no lo ocultó y el consejo lo supo. Toda la facultad pensaba que los Estados Unidos son bellos. No simpatizaban con quien no estuviese de acuerdo con esto...

Pero el final no ocurrió sino en febrero. Hacía frío, el aire estaba claro y la nieve espesa. Fuera de las ventanas, el crujido inmenso del hielo al hendirse. Fué en los últimos días de febrero cuando Laura Driscoll dijo que Sacco y Vanzetti no merecían el tratamiento que se les daba.

Esto levantó a todos. Hasta el director se desconcertó.

Se reunió la facultad.

Los padres escribieron cartas.

Laura Driscoll fue echada.

—La señorita Driscoll—dijo el director durante la última asamblea en la escuela—cree que debe regresar al Oeste. En los pocos meses que la hemos tenido entre nosotros, ha sido una fiel amiga de la academia, una mujer a quien todos admiramos y amamos, y, que, de ello estamos seguros, admira y ama la academia y los olmos como nosotros. A todos nos apena que la señorita Driscoll nos deje...

Entonces Laura se levantó, lo trató de maldito mentiroso, bajó renegando de la plataforma y salió del edificio.

Nadie volvió a ver a Laura Driscoll. Por el modo de hablar, se conocía que ninguno lo deseaba. Eso pasó en los últimos días de febrero. Ya en marzo la escuela estaba otra vez tranquila. El nuevo maestro de historia enseñaba fechas. Todos olvidaron deliberadamente a Laura Driscoll.

—Era una muchacha simpática—decía el director—pero realmente no servía para maestra de historia... No, realmente no había nacido para maestra de historia...

Cinco meses después.—La primavera de hace cinco meses, fué la mas hermosa primavera que he vivido. El año anterior no me había fijado en los árboles ni en los macizos de flores de los melocotoneros ni en la corriente color té de los arroyos que salta sobre las rocas oscuras. Hace cinco meses estábamos en primavera y yo me encontraba en la escuela. Mas allá del salón de estudios, los troncos blancos de los árboles sacudían verdor y los campos de *tennis* eran de una ardiente blancura. El aire era duro y transparente y el viento vagabundo arrastraba sombras sobre el camino. Yo lograba ver todo esto, pero desde las aulas.

Me daba cuenta de los árboles, pero desde las ventanas; sabía de la lluvia, pero sólo por los sonidos en el techo. Me aburría de tener que sentir entre la primavera y yo muros y toldos que impidieran el paso a la dulzura del sol y a la solidez de la fruta. Anhelaba ir al aire libre y ver la primavera. Anhelaba sentir y saborear el aire y estar entre las sombras.

Quizá fué por esto por lo que abandoné la escuela.

Dejar la escuela, estando en primavera, era una dicha para mí. Afuera, todo era agradable y salvaje y jugoso. Adentro, todo era lento frío, estúpido. Daba vergüenza permanecer en el interior.

Pero pronto la primavera se fué. Yo me tuve que quedar fuera y sin primavera. No deseaba entrar de nuevo. No hubiera vuelto a entrar por nada del mundo. Me sentía triste, pero no estaba triste por el hecho de haber tenido que irme. Me sentía triste porque el

interior y el exterior no hubiesen estado abiertos el uno para el otro. Estaba triste de que hubiera techos en las anjas y pantalones en las piernas de los maestros que las aislaban del contacto. No estaba triste por haber dejado la escuela. Estaba triste de dejarla por las razones que tuve.

Si yo la hubiese dejado porque tenía que ir a trabajar o por enfermedad, no habría sido tan malo. Dejarla por rencor y por sentirse defraudado, es diferente. Eso no es bueno. Es malo para todos.

Por supuesto que la culpa no es de la escuela. El director y la facultad hacen lo que se les ha puesto a hacer. Se trataba de una escuela preparatoria que procuraba agradar a las universidades. Una escuela que hacía lo que las universidades le pedían que hiciese.

De ningún modo era culpa de la escuela. La culpa era del sistema—del sistema que no educa—del sistema del colegio preparatorio. Esto es lo que vuelve la escuela tan inútil.

Como escuela preparatoria para la universidad era una escuela admirable. Podía en cinco años volver materia bruta en material universitario. Podía vestirla y alimentarla y hacerla decir lo que se necesitaba que dijera cuando las universidades le pedían que hablara. Este era su deber.

No estaban preparados para educar a nadie. Eran miembros de un sistema de colegios preparatorios. Nadie en su derredor deseaba ser educado. No señor. Presentaban los asuntos requeridos en una universidad. Tenían matemáticas, inglés, historia, lenguas y música. En alguna ocasión tuvieron un departamento de artes, pero lo habían dejado. —Bastante tenemos que hacer— dijo el director— para meter toda esta gente en la universidad sin tener que tratar de enseñarles artes. Sí señor, bastante tenemos con lo que hay.

¿A qué decir que había apreciación literaria y apreciación de arte y apreciación musical?, pero no era lo más importante. Si Ud. es joven, un poco de Thackeray que es algo paralelo con su propio mundo. El *Abbé Scaglia*

John Cheever

El caso de la inversión extranjera

= Envío del autor =

4.—Las limitaciones necesarias al capital extranjero

Véase la entrega tras anterior.

Aceptado el hecho fundamental de que los países nuevos deben participar en la producción mundial para destruir la plusvalía de que usufructúan los países antiguos, y que para realizar esa participación es menester que permitan al capital extranjero entrar en sus territorios e invertirse provechosamente en toda clase de empresas comerciales, queda por determinar las formas en que ese capital puede significar un poder de esclavizamiento en países nuevos y débiles, y las maneras de evitarlo.

El capital extranjero es positivamente una amenaza cuando llega a cualquier país para invertirse en la adquisición de monopolios económicos: los monopolios económicos fundamentales son:

a) los servicios de pública necesidad, como ferrocarriles, fuerza eléctrica, acueductos, telégrafos y teléfonos, plantas de gas, etc. aun cuando se adquieren mediante concesiones que no envuelven privilegios de exclusividad;

b) los institutos de crédito, como ban-

de Van Dyke y los adornos de los cuartetos de Mozart no son—para ser enfocados por sus ojos ni por sus oídos. Toda literatura y arte en donde hay similitud con su vida, no son tomadas en cuenta. Hasta las hay que son prohibidas.

Nuestro país es el mejor país del mundo. Nadamos en la prosperidad, y nuestro Presidente es el mejor presidente del mundo. Producimos las manzanas más grandes y el mejor algodón y las máquinas mas rápidas y bellas. Esto nos hace ser el país más grande del mundo. Los sin trabajo son un mito. El descontento es una fábula. Para la escuela preparatoria, los Estados Unidos son bellos. Es la gema del océano y esto es lástima. Es lástima por que la gente lo cree. Porque se vuelven indiferentes. Porque se casan y se reproducen y votan y no saben nada. Porque los periódicos moderados les mantienen los ojos dirigidos hacia el cielo raso y no ven la suciedad del suelo. Porque lo que todos saben es lo que dicen los periódicos moderados.

Sin embargo, no diré nada más. No estoy ya en un lugar en donde puedo hablar.

Y ahora es agosto. Los huertos huelen a fruta remadura. Los arroyos color té, corren bajo las rocas. Hay sedimentos en la piedra y nada de viento en los sauces. Todos se preparan para volver a la escuela. Yo no tengo escuela hacia la cual volver.

No estoy triste. No estoy del todo contento.

Es extraño, ser tan joven y no tener un lugar hacia donde ir a las nueve de la mañana. Esto es lo que ha sido siempre la educación. Cortesías galoneadas y perfumada puntualidad.

Pero ahora eso no es nada. Es algo simétrico con mi vida. Estoy perdido en ella. Por eso no estoy en un lugar en donde puedo hablar.

Las ventanas de la escuela han sido lavadas. Los pisos tienen una gruesa capa de pintura fresca.

Pronto llegará el tiempo de la nieve y de los conciertos. Será el tiempo de Brahms y de los grandes vientos.

cos comerciales e hipotecarios, también establecidos sobre concesiones privilegiadas;

c) el dominio directo sobre la tierra o en enfiteusis, y

d) los trusts o carteles, de poder financiero superior a cualquier otra agrupación o serie de agrupaciones del país intervenido por el capital extranjero.

Ya vimos atrás que la magnitud de estas empresas es por lo regular superior a los recursos fiscales del país en que han de proyectarse. Sin embargo, recurriendo a los empréstitos extranjeros muchas naciones de América han saboreado la construcción de ferrocarriles, plantas de fuerza hidroeléctrica, etc. por haber preferido esa forma a otorgar concesiones privilegiadas al capital extranjero. Ahora bien, descartando el detalle de los empréstitos exteriores, en cuya garantía las dictaduras militares de América han comprometido muchas veces la soberanía de sus propios países, nos vemos, a este punto de nuestro estudio, colocados fren-

te a frente de este dilema: Dado el desarrollo cultural de las naciones de América, ¿qué cosa sería preferible, la nacionalización de los servicios públicos, construídos y administrados por el Estado, o la concesión al capital extranjero, con la regulación inteligente del mismo Estado?

La respuesta certera a esta pregunta es muy difícil. Unas veces puede ser de un modo y otras de otro, según la empresa de que se trate y la magnitud de la misma; pero una afirmación podremos hacer, general en su alcance, y es ésta: de que en países de profundas perversiones políticas, la construcción y administración por cuenta del Estado de empresas de utilidad pública, puede resultar tan desastroso como las concesiones que se otorgan al capital particular, aunque sea con el disfraz del control oficial. Cuando el elemento humano falla en sus funciones morales e intelectuales, nada puede considerarse una póliza de seguros contra el desastre. En países donde los gobiernos se integran por medio del asalto o la corrupción, la administración del Estado resulta un fracaso. Asimismo en esos países resulta fácil al capital privado obtener toda clase de concesiones ignominiosas, más o menos disfrazadas de empresas lícitas que se llevan a cabo para beneficio de la nación.

Hoy por hoy, el hecho fundamental es que la administración por cuenta del Estado de ciertas clases de empresas y en ciertos países, es inferior a la administración particular; de que esa inferioridad consiste o tiene su origen en que el empleado de gobierno no siente sobre sí la responsabilidad que exige sobre sus empleados el propietario particular; y que, aunque es verdad que existen maneras políticas para que el pueblo elimine a sus malos administradores, ello resulta algo muy compendioso y tardado.

Sin que pretendamos por ahora repetir aquí los conceptos vertidos en la vasta literatura de los partidarios de uno y otro sistema, cabe, sin embargo, establecer las cosas que no deben hacerse y las condiciones en que una empresa particular cualquiera debe rendir sus servicios cuando se trata de concesiones privilegiadas.

1o. Las concesiones no deben comprender monopolios perpetuos ni inalterables. Es decir, debe en todo caso fijarse el período de tiempo durante el cual los concesionarios pueden operar sus empresas. Esta duración debe calcularse como la suficiente para que el concesionario reintegre su capital con los intereses respectivos, dentro de la regulación que el Estado le imponga en materia de tarifas. Por otra parte, el Estado debe reservarse el derecho de adquirir la propiedad por el costo original o costo de reproducción, si fuese necesario.

2. — Las utilidades del concesionario deben limitarse a un porcentaje moderado de interés sobre el capital invertido. En tal concepto el Estado controlará sus tarifas y llevará control al mismo tiempo de su contabilidad.

3. — Las tarifas no deben ser prohibitivas, es decir, no deben limitar la demanda del servicio que se va a dar. En caso que las utilidades que el concesionario debe obtener impugnen la liberalidad de estas tarifas, el Estado debe garantizar

al concesionario un porcentaje mínimo de utilidad, tomando en cuenta el costo efectivo y neto de la empresa de que se trate.

4. — El servicio público que se ofrezca debe ajustarse a las necesidades del progreso social, no solamente en baratura sino en calidad; y la empresa en conjunto debe ofrecer todas las garantías para la comunidad, tanto en lo que respecta al servicio mismo como a las condiciones sanitarias.

5. — Como extensión del párrafo anterior, el Estado debe reservarse el derecho de controlar los métodos de administración y producción y vigilar de cerca la eficiencia de la empresa, no permitiendo nunca que por maquinaria, método o personal defectuosos los servicios sufran menoscabo.

6. — El Estado debe conservar el control de la vida financiera de las Empresas, como la emisión de acciones y bonos de cualquier índole.

7. — Cuando se trate de transporte, deberán tenerse presentes estas condiciones:

a) control de la localización, mediante un estudio riguroso de las reservas de riquezas naturales, zonas de concentración urbana y de producción industrial y agrícola;

b) costo competitivo de las líneas sobre la base de un material rodante que responda dentro de un margen mínimo de tolerancia a las necesidades máximas del transporte;

c) control de las tarifas, teniendo en cuenta las necesidades del desarrollo industrial del país, como medio de conceder ventajas a los productos nativos sobre los productos extranjeros; y

d) el Estado deberá reservarse todos aquellos derechos que le aconsejen sus necesidades de defensa militar.

Si todas estas condiciones se observan inteligentemente las concesiones al capital particular no adquirirán los rasgos de horror que la fantasía popular y semiculta le atribuye. Empresas así controladas no serán otra cosa que servidoras de la comunidad, con la ventaja de evitar a los gobiernos el riesgo de aventurarse en empresas industriales sin contar con personal técnico capacitado. Ello equivaldrá perfectamente a que el Estado posea de hecho esas empresas, considerando nada más que ha dado a terceros el encargo de administrarlas.

Todo lo anterior podrá resultar lugar común para quienes hayan seguido paso a paso el desarrollo de los medios de control y gubernamental de las empresas de utilidad pública. Ese control se practica en varios países en una forma exhaustiva, que hace innecesaria la adquisición de parte del Estado de las empresas controladas. En nuestra América la gravedad del mal en ciertas concesiones está en que quienes las otorgaron no tuvieron jamás noción de costos, de procedimientos de control ni de formas de construcción. Sin orientación técnica precisa, no sabían cuándo un kilovatio hora por dos centavos oro podría resultar barato, y cuándo por un centavo, caro; no podrían saber a ciencia cierta si la milla de línea férrea debía costar 25 o cuarenta mil dólares, y si las tarifas deberían variar y subir y bajar conforme condiciones complicadas que solamente los expertos en tráficos ferroviarios pudieron decir jamás. Puede decirse, en resumen, que el pecado original en los países nuevos que han caído entre las zarpas de un capital extranjero absorbente, ha estado en la ignorancia de sus clases dirigentes.

N. Viera Altamirano

(El capítulo quinto saldrá en la entrega próxima)



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza**

— y —

La Sastrería

LA COLOMBIANA

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C.) San José, Costa Rica